

9-10
M

1218-14

LOS PEROS DE PASCUA.

COLECCION DE ARTÍCULOS LITERARIOS,

AGRIOS Y DULCES,

ENCARNADOS Y VERDES,

INÉDITOS Y MANOSEADOS,

ORIGINALES DEL PROPIO COSECHERO

JUAN J. RELOSILLAS.



MÁLAGA.—1884.

IMP. DEL CORREO DE ANDALUCÍA.

Casapalma núm. 7.

J. J. RELOSILLAS

LOS PEROS

DE

PASCUA,

coleccion
de artículos
literarios.

Precio

8

REALES.

AN
X
00

LOS PERROS DE PASADENA

LOS PEROS DE PASCUA.

Es propiedad del autor.

LOS PEROS DE PASCUA.

COLECCION DE ARTÍCULOS LITERARIOS,

AGRIOS Y DULCES,

ENCARNADOS Y VERDES,

INÉDITOS Y MANOSEADOS,

ORIGINALES DEL PROPIO COSECHERO

JUAN J. RELOSILLAS.



MÁLAGA.—1884.

IMP. DEL CORREO DE ANDALUCIA.

Casapalma núm. 7.

R. 92.891



LOS PEROS DE PASCUA.

Son las píldoras sonrosadas del bienestar, según un poeta que tiene aseguradas sus tres comidas cada 24 horas.

Son las mejillas de Venus, donde muerde la lujuria famélica; según un clásico que pide cigarros con lamentable frecuencia, y que acabará por pedir *los sacramentos de noche*.

Son los arreboles del cielo vegetal, según un escritor de la escuela romántica, que paga á su patrona con retazos de dramas inéditos; papel moneda de las insolventes Musas.

Son las mortíferas balas que dispara el tiempo, según una jamona á quien cada Navidad arranca varias ilusiones, y algún que otro diente.

Y á este compás, podía emplear media docena de cuartillas en definiciones de la sabrosa fruta, que en

estos momentos aguarda ocasion propicia para invadir el mercado, engendrar el cólico, y excavar ese foso cada vez más infranqueable que existe entre los que celebran nuestras festividades haciendo trabajar al estómago, y los que las festejan imponiendo al mónstruo forzado reposo.

Para mí *Los peros de Pascua* son un título y un pretexto.

Reconozco que cuando entran en el hogar precedidos de tosca música pastoril, traen con ellos algo de la tradicion religiosa, algo del añejo espíritu español... y muy poco que comer; por que yo, en cuestion de vegetales, prefiero el solomillo de ternera. Pero este concepto pobrísimo que tengo de las cualidades nutritivas de los *peros de Pascua* y de los *peros* de todas las épocas, no implica la exoneracion absoluta del sabroso y pintoresco fruto.

Convencido estoy, por el contrario, de que son una fórmula, y casi una institucion: fórmula de la dicha; atributo de la Navidad.

Una Pascua sin *peros*, es una boda sin dulces, un bautizo sin *caños*, un baile sin música, una corrida de toros sin sol; algo cojo é incompleto, como una mujer bonita pero sosa.

Ya adornan la despensa guirnaldas de chorizos y longanizas, semejantes á delicadísimos encajes labrados por los dedos de la Gula; ya está prisionero en frágil vidrio, el vino de la tierra que guarda en cada gota un rayo de este sol andaluz, y un ensueño color de rosa, ó color de carne, segun el temperamento de cada borracho presunto; ya han sufrido los horrores de la torrefaccion tortas y mantecados, aquellas llenas de golosas incrustaciones, con sus finísimas túnicas de papel de seda los segundos, que se dan aires de mandarines chinos de gran uniforme; en la sarten, chisporrotean trozos del que fué cebado ani-

mal inundo y es entonces origen de regaladas esencias, que no han conquistado aun el pañuelo de las damas, pero que saben esclavizar el paladar de los cristianos viejos por medio del *adobo*, ese embalsamamiento que dignifica hasta el punto de hacer del cadáver de un cerdo algo superior á la momia de un Faraon; ya esperan resignados el voraz diente infantil, pestiños y borrachuelos, que son los ripios de la poesia de la Navidad; el pavo que momentos antes deshonoraba á las aves cantoras, pende ya de su cruz desplumado y atasajado, dispuesto á probar que es el mejor de los ruseñores comestibles; y sin embargo, falta algo, insignificante pero esencial; la Noche-buena está incompleta, como lo estaria hasta la prosa del mismísimo Cervantes, si le faltaran los puntos y las comas.

Es que faltan los *peros* alineados en el vasar, como una procesion de rosas asimilables; es que no están allí los carrillos encendidos de Pomóna, esperando el beso devorador del hombre, y la caricia cruenta del cuchillo.

El *pero* constituye el lujo de las comidas pascuales y cuando falta, es que el dinero no sobra y la alegría viene escasa.

Mondar un *pero*, es la cosa mas trivial del mundo; como trivial y fácil es calumniar á un amigo para que nó se nos indigeste despues de devorado. Y sin embargo, la poesia apoderóse del acto de mondar un *pero*, y ha hecho un poema de lo que no era mas que una precaucion higiénica ó de aseo.

¿Como? Colocando en el éxito de la operacion, el porvenir de quien la ejecuta. Si la Noche-buena, despues de la tradicional comida trasnochada, ya á los postres, cuando los fieles comienzan á luchar con los sopores de la digestion, tiene Vd. la suerte de mondar un *pero* con integridad y limpieza, sin que

la piel de la fruta se rompa, se casará Vd. aquel mismo año; es decir, en el breve espacio de una semana.

La tradicion es bellísima; acaso sea el consejo de una Celestina del eterno poema amoroso; tal vez es la receta de tocador de una vestal que tenia la mano firme y experimentada; quizá será el medio de que se ha valido algun *gourmet* del pasado, para que los gastrónomos sus sucesores coman la mayor cantidad posible de *pero*, recomendado como digestivo por su acidéz que activa los efectos destructores de los jugos gástricos; mas en todo caso, la tradicion es cierta y su resultado eficaz. Veamos como.

A las once y media de la noche de San Silvestre, festividad en que seria preciso enviar tarjeta á medio género humano, una jóven romántica, algo vecina mia, que comenzó escribiendo cantares y concluyó cantando en la mano, dió principio, de sobremesa, á mondar un *pero*, encendido como si cien lujuriosas primaveras hubiesen depositado en él algo de ese fuego que hace brotar las rosas fundiendo las escarchas.

Los afilados y elegantes dedos de la jóven, temblaban de emocion en aquel momento solemne. El cuchillo dirijido como por la voluntad inteligente del operador que evita el peligro de herir un órgano esencial á la vida, cortaba poco á poco y con limpieza, la tenue y delicada pelicula que escondia la sabrosa, blanca y azucarada carne del *pero*. El momento era solemne, y la superticiosa jóven, no menos atenta que la feroz sacerdotisa pronta á sorprender en las entrañas palpitantes de la víctima el porvenir próspero ó adverso, espiaba y temia el momento de poner fin al ensayo que iba á decidir tal vez, de su futura suerte. El caso no era para menos. Si la carnosa tela caia toda entera al filo del

cuchillo, el matrimonio con todos sus problemas negros como la noche,—ese arcano que consiste en ver ó no ver la nueva luz,—iba á surgir de pronto. Acaso el marido probable la pegaría; acaso el esposo en embrión sería, como de procedencia vegetal, como salido de un *pero*, un verdadero camueso. Y si una Parca invisible rompía la frágil corteza, si duende enemigo empujaba el codo de la curiosa doncella, y el cútis (elegantizemos el estilo) del *pero* se hacia pedazos ¡adios dulces sueños de soltera en expectativa de ascenso! ¡adios probabilidad remota de enseñar un marido en el paseo, como se enseña un pié bien calzado, á guisa de añagaza de la coquetería! ¡adios ganancias posibles! ¡adios velo y azahares blanquísimos, un momento entrevistos, como se vé en las lejanías infinitas del espacio una nube que corre á evaporarse!

Por fin,—como dice *La Correspondencia de España*, cuando dá cuenta del fallecimiento de algun personaje,—se consumó el ansiado y temido acto. La corteza del *pero*, se balanceó en graciosa espiral semejante al bucle de la diosa de la dicha, y cayó entera, totalmente, como caen todos los colosos. El matrimonio llamaba á la puerta de un dormitorio, hasta entonces casto nido no profanado por el humo del cigarro, ese gran violador de alcobas. Pero ¿cómo? ¿cuándo? ¿quién?

Nuestra heroína corrió al balcon; sus ojos que comenzaban á centellear, buscaron algo en cielo, y hubieron de encontrar á alguien en el suelo; por qué, esto sucedía á las once y media de la noche de San Silvestre, y á las doce menos cuarto ya se habia fugado con el novio la jóven cuya era la mano, entonces comida á besos, y que poco antes habia cortado íntegra la cáscara de un *pero*. Lo que no dicen las gacetillas de aquel tiempo es, si los novios se llevaron los fondos de sus respectivos suegros.

Hasta aquí la erótica influencia del *pero de Pascua*. Hay, sin embargo, mucho más que atribuirle en el orden moral y en el orden físico.

Como aditamento esencial de las patriarcales comilonas á que consagramos el último tercio de diciembre, el *pero* deja un vacío inllenable en el *menú* obligado de estos días.

Una mesa de Pascua sin niños, parece un *nacimiento* sin pastores; pero donde los niños y los *peros* faltan, puede decirse que la Navidad es imposible.

Y yo, que soy el esceptico más convencido de mi época, penetrado de esas verdades, he dicho en monólogo, que no reproduciré íntegro por que no es conveniente que el público se entere de lo que hablamos con el buen sujeto que todos tenemos dentro:

—Los tiempos están muy malos; toda paga es corta, y todo gasto es inmenso. Viene la Noche-buena con su séquito de rabeles, esos oradores á la moda que todo se lo deben al viento; media humanidad vá á quedarse sin cenar; y tu que eres buena persona, debes aprontar algo, llevar algo al comun acerbo, y puesto que tienes público, y en él amigos incompletos, bajo el punto de vista económico, baja á tu pobre huerta, pequeña, mal labrada, pero propia y fértil á beneficio de tu guano intelectual; y de lo mejor y más bien parado de sus frutos, reúne en artística cesta unos cuantos *peros* literarios, aquellos que fueron los más mordidos por la crítica, que serán forzosamente los más dulces, y envíalos á domicilio á quien tiene la paciencia de leerle todo el año; para que si las estrecheces y mezquindades del tiempo, mermasen las provisiones pascuales, no le falte al menos con que quitarse el amargor de la boca.

Todo por el *corto interés* de dos pesetas, que es lo que vale este libro confeccionado para desengrasar, por uno que sinó *de la gracia*, de la *grasa* vive.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

El termómetro, ese chismoso encargado de decir tardíamente lo que la piel humana sabe con mucha anticipación, había alcanzado durante el día 34° centígrados.

Si el calor dilata los cuerpos, bien puede figurarse el discreto lector lo que yo me habría dilatado en un ambiente digno del Senegal. Casi todas las calles me venían estrechas; mi densidad disminuía en razón directa de mi aumento de volumen; las gotas de sudor que caían de mi frente, se evaporaban al contacto con mi candente superficie; un herrero provisto de su fuelle hubiera sido para mí la felicidad, algo desaseada; era en fin, un caso de combustión espontánea, que andaba al azar buscando aire respirable, el camino del Polo, ó una charca cualquiera donde apagar mi piel que ardía

como la estopa. Por desgracia, no encontré ni quien me dijera *una fresca*.

Quise tirarme al mar, pero en el puerto no hay agua y al fin y al cabo, me refugié en mi casa. Adopté una *deshabillé* la mas paradisiaca posible, sin faltar al ajeno ni al propio pudor, y me puse á corregir las últimas pruebas de este mónstruo tiznado de la civilizacion, que lleva en cada punto negro una lágrima, un rayo de luz, una gota de sangre, ó un embuste, á gusto del consumidor.

¡La eterna cancion! Noticias del cólera, el último discurso en el Parlamento, la insulsa é insignificante noticia local, y sobre todo esto, el nombre cien veces repetido del héroe á la moda, del amante favorito de esa Mesalina descocada que llaman opinion pública, manceba ayer de Riego, de Espartero, de Ronconi, de Castelar y de tantos otros á quienes en distintas esferas amó para aborrecerlos ó silbarlos ó verlos ahorcar mas tarde; el nombre de Mazzantini, en fin, centro de la curiosidad, objeto de millares de pasiones ocultas, corazon del pecho nacional donde afluye la sangre española hirviendo á entusiastas borbotones.

Aquella tarde le habia yo tenido á mi lado en los toros. Los brillantes de su camisa comenzaron ya á darme calor, y las miradas femeniles que al enfocarle me envolvian tambien en una atmósfera de oxígeno amoroso inflamado, terminaron la obra de mi combustion.

Tiré la pluma, subí á mi cuarto, registré el ropero, y la mesa de noche; exploré, palmatoria en mano, los extensos terrenos en donde está emplazada mi cama, para cerciorarme de que Mazzantini no estaba allí, y me arrojé sobre el catre que crugió al recibir mis 150 kilogramos de materia bautizada (en Santiago por mas señas.)

Cain veía en todas partes, en lo alto de las montañas y en las profundidades de la tierra, un ojo amenazador que le miraba y era el ojo de su propia conciencia, abierto siempre ante su crimen. Y yo, que no he tenido hermanos, y no he podido matarlos por lo tanto, ni he conocido mas Abel que un perro de este nombre, muerto, no por mí, sino por orden del Alcalde en holocausto de las pantorrillas procomunales, sufría el tormento de Cain viendo en todas partes y por mas que cerraba los ojos, los brillantes de la pechera de Mazzantini, el pulido sombrerito calañés del diestro, su chaquetilla de terciopelo, y su gruesa cadena de oro; y oía allá á lo lejos, los suspiros de las niñas bonitas, y el rumor de la multitud que sigue al coche del torero, esa multitud que acude á la recepcion de sus héroes y luego tiene el mayor gusto en acompañarlos al patíbulo.

Por un milagro de la tenacidad humana, que todo lo puede en colaboracion con el tiempo, me dormí á despecho del calor, y apesar de las protestas del catre que chillaba como una vieja púdica sorprendida en chambre. Pero á través de mi sueño seguía viendo centellear en el espacio los brillantes de Mazzantini, y allá lejos, muy lejos, como el rumor de besos y el batir de alas de que habla Becquer, se oían ecos perdidos de músicas acordadas, coplas de esas que dan salida á los torrentes de pasión y de ternura que hay en la musa popular, el trueno lejano del aplauso, y un diluvio de notas metálicas, que denunciaban lluvia torrencial de auríferas monedas.

Después, vino la hada de los sueños, esa bienhechora hada que tiene el encargo de dar formas tangibles á las ambiciones, á las venganzas, á las pasiones no satisfechas, á los deseos latentes del alma, contrariados por la adversidad, y me dijo:—Es preciso que seas torero.

.....
.....
Sonaron en la puerta de mi cuarto repetidos y estruendosos golpes; oí una voz que decía:—*¡Maestro!* que es tarde...!; abrí los ojos á la luz que se filtraba furtivamente por los huecos del mal cerrado maderaje, y me encontré en una lujosa alcoba, sobre una cama espléndida, y rodeado de objetos perfectamente desconocidos para mí.

Además; en la atmósfera vibraban las moléculas de fuertes y regalados olores: por allí habia pasado la Venus unvida con opoponáx y almizcle.

Abrí la puerta y en mi estancia se precipitó una cuadrilla completa de toreros.

—Buenas tardes, maestro.

—¿Está V. malo, maestro?

—¿No se viste V. maestro?

—Falta una hora para la corrida, maestro;—he aquí la salutación que me dirigieron entre respetuosos, inquietos, y admirados, aquellos hombres hermosos y elegantes bajo sus trajes de luces.

No era posible la duda; yo, el esférico articulista de los *Domingos del Correo*, era un torero, jefe de cuadrilla, matador de cartel, espada digno de la plaza de Málaga.

Corrí á un espejo; mi barba corrida, resto de mis antiguas aficiones democráticas, habia desaparecido y mi cara, completamente afeitada, semejava uno de esos rostros preparados para dibujar expresiones diversas, que usan actores, toreros y eclesiásticos.

Mis manos trémulas de sorpresa, de temor y de ira, palparon aquella cara y aquella cabeza nuevas que me deparaba mi mala suerte, y ¡horrible hallazgo! hácia la region occipital tropezaron con un aditamento que acabó de convencerme de la realidad de mi transformación: tenia coleta.

¡Era, pues, un torero, obligado á usar alias; yo que ni aun mason he sido y no tengo nombre de guerra! Adios, gustos apacibles de mi natural pacifico y sedentario; adios, amor á las letras; adios, amena literatura; un hombre forzado á escribir *hasta* sin *h*, para estar en carácter, no puede volver á cultivaros.

Los individuos de *mi* cuadrilla, atribuyendo á excesos de la noche pasada mi perplegidad y mi aturdimiento presentes, tomaron la heroica resolucion de servirme de ayudas de cámara.

Con su auxilio me vestí la finísima camisa en cuya pechera centelleaban los brillantes de Mazzantini. Comenzaba á estar satisfecho, á saborear mis triunfos. El lujo del espada no me deprimia ya. Mi traje bordado de oro, valía un capital. Posible era que al ir á la plaza, si pasaba por la calle del Cañon y el Monte de Piedad estaba abierto, pudiese empeñar aquellas piedras deslumbradoras, causa de mi desgracia, haciendo como que iba á infringir el bando de buen gobierno en la esquina mas cercana.

Tupidas medias de finísima seda color de carne, cubrieron mis pantorrillas, que un tiempo hubiera envidiado el coloso de Ronda,—como decia un progresista á quien tuve el gusto de tratar, antes de estar iniciado en los misterios del descabello.

Estrecho calzón de punto carmesí, que casi desaparecia bajo el oro de los bordados, aprisionó mis muslos, dignos de la exhibicion otras veces.

—Onde está el señor...?—preguntó con voz de bajo aguardentoso, uno que debia ser mi primer picador de tanda.

—¡Ceñidor tambien!—Pensé asombrado. ¡Va á ser preciso un kilómetro de seda para fajarme!—dije entre mi, recordando aquella cintura de idolo chino, de que me dotara naturaleza pródiga; y corrí de nuevo al

espejo. Nada de obesidad; esbelto como un Apolo... de matadero, era yo una obra acabada de elegancia tauromaca; especie de varonil estatua, de clásicas y severas líneas, animadas por la gracia que palpita en nuestros atletas de redondel.

—¡Porque jaga V. ceniza toos los Veragua! —brindó un banderillero, apurando una caña de manzanilla, de las que en apretado haz estaban sobre una mesa, y que yo ni siquiera habia visto.

—¡Luego son Veraguas los toros que he de matar! —pensé lleno de terror, como quien piensa en que son fusiles de precision los que han de arcabucearle. Y entónces maldije al padre Marchena que animó y fortaleció el espíritu de Colon en su lucha con la adversidad; y acusé de estúpidamente blando al consejo de Salamanca, que no quemó al navegante genovés; y maldije la liberalidad épica de la primera Isabel. Porque si Colon no hubiera descubierto el nuevo mundo y vuelto de él rico y poderoso, sus descendientes no poseerian hoy esa famosa ganadería, seis de cuyos aborrecidos individuos tienen el encargo de perforarme.

Acabó, por fin, mi horrible *toilette*, mas horrible para mí que la lúgubre *toilette* de la capilla, y con mi dorada y vistosa hopa sali de la sala y de la casa, seguido á respetuosa distancia de mi gente.

Al montar en los carruajes, la multitud me aclamó; ¡á mí, á quien hasta entónces no habia llamado ningun gacetillero amable, distinguido escritor, ni elocuente orador, ni conspicuo hombre público! ¡á mí que desconocia las blandas caricias de la lisonja, aún cuando tengo multitud de cicatrices producidas por los arañazos de la critica ¡*Vanidad de vanidades!* Basta, pues, una cáscara llamativa, para tener derecho á un gran pedazo de inmortalidad.

Al rápido rodar de mi carretela, los grupos se brian; sonaban los aplausos; aumentaba la curiosi-

dad y se multiplicaban los vítores, como si en aquel carró fuese el vencedor de Bailen, ó el inventor de los ferro-carriles.

Mi calle de la Amargura, convertida en vía triunfal, terminó al fin, y llegamos á la plaza, á punto que comenzaba el despejo.

Me arrojé de la carretela, formé á la cabeza de mi vistosa tropa, y envuelto airosamente en mi capote de paseo, hice mi aparicion en el ruedo al son enardecedor de la marcha de *Pan y toros*.

La bestia se puso de pié en sus asientos; palmoteó furiosa; ahulló aplausos, interjecciones, ¡oles! y ¡bravos!; agitó pañuelos; y se debatió como una sierpe colosal contrae y dilata sus enormes anillos, mientras yo sentia subir en olas, algo así como el contagio de aquel entusiasmo, y me crecia bajo las caricias del sol, y los besos que en forma de eróticas llamaradas brotaban de todos los ojos femeniles.

Puesto que iba á morir, era preciso ver bien aquello y miré como un hidrópico mira al fondo del vaso que agota. ¡La plaza de toros! Allí las mozas de partido; allí la púdica virgen que hace sus primeras armas en la lucha de las pasiones; allí el hombre cruel que nadaria en sangre del prógimo; allí la sensible dama pronta á desmayarse ante un inofensivo ratoncillo que se refugia entre sus faldas, é inmóvil, estóica, endurecida, ante el espectáculo de un caballo que muere aventando con su aliento la ensangrentada arena y teniendo por lecho sus propias visceras; allí el rufian que se co-dea con el caballero; allí el caballero que se hace rufian, y pronuncia frases rufianescas acompañadas de actitudes de guifero; allí el pusilánime, que siente crecer su valor á medida que toma inhalaciones de sangre; allí el valiente, que llega al paroxismo del furor, influido por el pérfido vino y el hálito de esterminio que se res-

pira; y sobre todo esto, sobre hombres furiosos, mujeres conmovidas, damas correctas, bacantes desaliñadas, caras encendidas, ojos centelleantes, flores, adornos, encajes, seda crujiente, y manchas de colores robados al iris, el sol andaluz que nos envía, sirviéndose de sus rayos como de misteriosa escala, chispas del eterno ingenio latino, súbitos arranques de esa sublime demencia de los héroes, tempestades para el alma enardecida en luchas de amor, laxitud para el momento del deleite, lava para la erupcion de los celos, hiel para alimentar la fuente inextinguible de nuestros ódios todavía árabes.

La voz aguda del clarín, impuso silencio á la charanga; los ginetes se afirmaron sobre la silla; la multitud enmudeció: abrió el toril sus negras fauces, y vi avanzar hácia mí una montaña de carne impulsada por bestial cólera. Era el primer Veragua. Creí llegada mi última hora; me sentí pulverizado, cogido, rasgado en todas direcciones, y caí de rodillas, lleno de miedo, pero un miedo horrible, cobarde, que manchó indignamente la parte interna y posterior de mi bordado calzon carmesí. Sentí algo así como el paso del Simoun, y un aplauso colosal, ensordecedor, resonó en la plaza. Como el burro flautista de la fábula, habia acertado por casualidad y *quebré* al toro de rodillas. Así son los héroes, eternos protegidos de ese amable matrimonio, el dios Exito y la diosa Chiripa (c. p. b) ¡Ah! si se hubiesen mirado á tiempo los calzonzes del Cid, de Aquiles, de Napoleon I...

La suerte y la impunidad enjendran la audacia. Me levanté lo mas gallardamente que pude, y corrí al grupo en que el Veragua corneaba furioso á un caballo, bajo la mano de hierro del picador que sostenia aquella avalancha con el acerado aguijon de su garrocha. El Sanson de coleta, vino por fin al suelo; el ojo centelleante de la fiera vió mi capote que le incitaba y se

volvió á mí, codiciosa de mis intestinos, sin duda. Yo corrí, veloz, pero cobardamente, como corre la liebre que huye, recordando que Dios le ha puesto el valor en las infatigables piernas; detrás de mí sentía los rugidos de aquella ira poderosa, hasta que cansado, jadeante, me volví para ver la muerte cara á cara, y me quedé parado. El cornúpeto hizo lo mismo, me miró un momento, yo creo que con lástima, azotó sus ijares con la cola, como si me amenazara con brutal paliza; yo le tendí una mano suplicante, que tropezó con sus cerdosos hocicos, pidiéndole la limosna de mi vida, y una explosion de entusiasmo del público me volvió á la realidad, premiando aquel famoso *quite de caballos* que, andando el tiempo, se grabará en eternos bronces.

Suena de nuevo el clarín. Los ágiles peones van en busca de las banderillas, y el público presa de un nuevo acceso de furor taurófilo, grita, como si las furias coreasen una de nuestras peores zarzuelas, pidiendo que yo banderillee. Un oficioso indiscreto, ¡maldita sea su casta! me cede galantemente los palos, que cojo con intencion de rompérselos en las costillas. Me siento desfallecer; mis piernas flaquean; un momento mas y me caigo para no levantarme. Tengo necesidad de aire fresco, de reposo, y pido una silla. Rompe la música á tocar algo que yo tomé por marcha fúnebre de Chopin, y era simplemente una de nuestras mas chabacanas habaneras; caigo derrengado en la silla; alzo mis brazos al cielo, armados de las banderillas, como para tomar á Dios por testigo de aquella mi cruenta pasion y muerte; los estiendo despues, como para jurar solemnemente que yo no soy torero, pero el Veragua acude á la cita, llega á mí, me embiste, me levanto para evitar la acometida, la silla vuela hecha pedazos, y el Veragua burlado sigue su carrera ostentando sobre el robusto morrillo los vistosos rehiletos. Si no fuera por lo que llevo en el pantalon, me creeria un héroe.

Nuevos alaridos de la gran bestia; sus doce mil bocas me aclaman; sus 24.000 manos palmotean; los pañuelos se agitan y esmaltan de blancos puntos animados la inmensa circunsferencia, como si el vecino mar hubiese arrojado de pronto sus inquietas espumas sobre la multitud.

Otra vez el clarín, y otra vez el imponente silencio en que caen las muchedumbres. Me dirijo hácia la barrera, buscando un punto accesible por donde huir de la plaza, y un malvado faraute me pone en las manos una roja tela y una espada desnuda. Alzo los ojos hácia la presidencia, buscando amparo y proteccion en la autoridad, y reconozco en el presidente á un amigo mio que me sonríe como prometiéndome justicia. Me sitúo bajo su palco; me descubro respetuosamente, porque en mi turbacion no habia olvidado que el que se inclina mas servilmente hácia la tierra está mas cerca de los hombres elevados, y con la monterilla en la diestra voy á empezar mi solicitud pidiendo que me reintegren á mi casa, á mi pacífica obesidad, á mi modesto chaquet de lana, dulce para mí y amarga para el sastre, pero la voz se ahoga en mi garganta, y sólo acierto á decir:

—*Ave D. Juan; morituri te salutant...*

Vuélvome en busca de la muerte; el Veragua se arroja codicioso sobre el trapo encarnado; le burlo una vez y otra, en ese regateo del que defiende la vida llamando por última vez á su vigor y á su destreza, y cuando sentía más cerca el resuello abrasador de la fiera, tiendo el brazo armado, el toro acomete, siento penetrar en su cuerpo la acerada punta con ese placer salvaje que se siente al rasgar la odiada carne enemiga, y á impulsos de la velocidad adquirida, disparado por un supremo esfuerzo del instinto de la propia conservacion, caigo sobre la dura cerviz y el estoque se hunde hasta la mano en aquella masa, que súbita rueda á mis piés, y yo con ella.

.....
.....
.....
.....

Cuando esta escena se borró de mi cerebro, y pude salir de debajo del catre derrumbado al agitarme presa de mortal pesadilla, aun veía centellear en la oscuridad los brillantes de Mazzantini, y por la abierta ventana, empujados por la brisa de la noche, llegaban, como el rumor de besos y el batir de alas de que habla Bequer, ecos perdidos de músicas acordadas, coplas de esas que dan salida á los torrentes de pasión que hay en la Musa popular, el trueno lejano del aplauso, y un diluvio de notas metálicas que denunciaban torrencial lluvia de auríferas monedas.

LA NOCHE-BUENA EN EL PRESIDIO. (1)

Se han escrito diversos artículos de literatura subjetiva sobre este mismo tema. Pedro Antonio de Alarcón, regocijo y honra de las letras contemporáneas, entre otros autores, ha descrito en magistral prosa los encantos y tristezas de esa magna noche en que se ríe y se llora con mayor intensidad, como si lo solemne del momento contribuyera, cual poderosa lente, á agrandar las penas y á amplificar las alegrías.

Plumas doctas ó inspiradas, han dicho ya lo que es la Noche-buena en la mar, en la guerra, en el desierto ó en el hogar. Si yo acertara á decir lo que es la Noche-buena en el presidio, no me sentiría rebajado ante el fuste de otros cronistas de la mas

(1) Del libro inédito «Catorce meses en Ceuta.»

sencilla y, al propio tiempo, la mas conceptuosa de las efemérides cristianas

Han trascurrido diez años desde que se consumaron los hechos y ante mis ojos se desarrollaron las escenas que voy á referir, y aun lo recuerdo todo con esa tenacidad de que se vale el horror para grabar en la memoria sus mas pavorosas obras.

Y hablando de la memoria, las exigencias de mi estilo, mi naturaleza de pensador sincero (pase la soberbia de que se llame pensador un hombre, por que se acuerda de algunas cosas,) y la ingenuidad de que procuro no prescindir, cuando al público me dirijo, imponen aquí forzosa digresion, que contribuirá á dar mayor volúmen al libro, y á mi pretesto para aumentar en tercio y quinto su precio al fin de la jornada; cosa, despues de todo, licita por admitida, desde que el contribuyente se ha acostumbrado á considerar endémico todo impuesto transitorio, en esta tierra de lo provisional eterno.

Mientras, en mis excursiones por la complicada fábrica humana, no llegó á la cabeza, todo me lo explicó satisfactoriamente. Las piernas se mueven merced á una admirable máquina, perfeccionada hasta los últimos límites. Mecánica pura es tambien, el artificio de los brazos y manos, balancines naturales, medios de comunicacion fisica y armas ofensivas y defensivas, todo en una pieza. El corazon, tabernáculo de las pasiones mas puras, es un propulsor movido por su propia cualidad impulsiva; en él no encuentra el fisiólogo mas que una especie de alcubilla de la sangre; el amor y el heroismo, hay que buscarlos en otra parte. Los miembros todos, del cuerpo humano, viven á beneficio de incesante y misterioso riego, pero riego al fin, que entra por la boca en forma de cotidiano alimento, y sale del estómago convertido en torrente fertilizador. No es, pues, extraño, que toda funcion humana de cabeza

para bajo, como material, mecánico y explicable, parezca la obra de uno de esos grandes relojeros, suficientemente hábiles para poner en movimiento y someter á medida de tiempo la esfera celeste, el apostolado, las fases de la luna y otras curiosidades, que aun admiran los nacidos en góticas catedrales; pero en llegando á la cabeza, al preguntarnos, ¿por qué me acuerdo? perdemos el punteado, ó lo pierdo yo al menos, que soy filósofo á ratos y mientras no tropiezo dificultad sería de esas que hacen las veces de pared maestra, donde nos llevá á dar de bruces la ignorancia.

Efectivamente; ¿por qué me acuerdo de todo lo que vi la Noche-buena de 1873? ¿Por qué no se han borrado los contornos de aquellos hombres? ¿Por qué veo aun la luz agonizante de un mal candil, que prestaba siniestras sombras á la cabeza y el rostro de un confinado herido, á quien curaban de primera intencion sobre una mala cama, cuya parda manta aun parece que se vá á deshilar de puro vieja? ¿Por qué me persigue aun la imágen de aquel otro preso, rígido, sobre una tarima á pocos centímetros del suelo, y por qué me doy cuenta 3.650 noches despues de haberla visto, de la dura y prolongada batiente que producía su huesuda y gran nariz sobre la pared, al ser iluminada oblicuamente por una luz que había á la cabecera del pobre muerto? ¿Quién ha ordenado en múltiples é impalpables casilleros, por llamarlos así, para materializar mas el concepto, esas fotografías indelebles que se llaman recuerdos? ¿Qué voluntad preside al acto de sacar uno de los casilleros, y por qué sale aquel y no otro? No lo sé, y probablemente me moriré sin averiguarlo, por que voy sospechando que son falsos todos los sistemas psicológicos inventados para llegar al conocimiento de la naturaleza y cualidades del alma humana, que es, ó una gran resultante de fuerzas materiales, ó un

milagro latente. Y aquí concluyo, por que ambos términos de la disyuntiva me parecen tan mentecatos, como yo, su autor, ó su traductor, mejor dicho, ya que es cosa averiguada que no puede ocurrirse al hombre necedad que otro no haya sostenido, con anticipacion que hace de todos los disparates un eterno plagio.

Resumiendo; no sé como ni por qué, pero me acuerdo de todas y cada una de las cosas que vi, hice y comprendí hace diez años. Acaso recogí entonces datos en conjunto, procediendo como los pintores impresionistas, y mi memoria ha ido despues perfilando detalles, arrojando luz y estendiendo sombras para dar mas realce al cuadro; pero aún apoderándome de esta hipótesis, no consigo rebajar uno solo de los muchos grados de maravillosa que tiene la labor mental que se llama acordarse.

La noche habia venido del Estrecho, densa y húmeda como deben ser las noches de un presidio. Amenazaba la lluvia y un aire cargado del acre vapor marino, batía á intervalos las calles de Ceuta. Tras las vidrieras de los balcones, alguna luz parecia decir: aquí hay una familia que tiene que cenar. Los escasos transeuntes aceleraban el paso; diríase que todo el mundo sentia la nostalgia del hogar.

Otro detalle; como la lluvia era inminente, antes de salir de la fonda me calzé unas botas para agua, que poco antes me construyera un preso, gran maestro de obra prima, cuyas delicadas manos para echar pespuntos y dar elegantes curvaturas al calzado, fueron bastante hercúleas para haber arrojado por un balcon á su mujer sorprendida en flagrante adulterio; acto que valió al discípulo de San Crispin una cadena perpétua, que cortó más tarde bienhechor indulto. Y cito este detalle de las botas, para que se vea cuan cierto es el refran que dice: el hombre propone y Dios dispone. Yo me previne contra la lluvia, y el flamante becerro pre-

servó mis piés de una inundacion de sangre. Pero no anticipemos los sucesos, como dicen folletinistas menos seguros de su público, que yo lo estoy del mio.

De vez en cuando, salian á la calle alegres sonos de música pastoril, que suena lo mismo en Africa que en Europa, siempre que la interpreten *artistas* cristianos. El villancico es cosmopolita, como el credo de la religion de que forma parte, en apéndice mitad profano, mitad litúrgico.

Cuando uno está triste, la alegría ajena parece más ruidosa. Parecíame á mí, por lo tanto, que Ceuta dilapidaba sus carcajadas aquella noche, pero en realidad estaba exteriormente tan triste, como en otra ocasion cualquiera. Sus reverberos alumbraban lo mismo; su aspecto de aldea con pujos de ciudad, no habia variado.

Atravesé la calle Real, extensa hasta parecer inabarcable, y dejando atrás, aquí un ensordecedor coro de sonajas, allí un melancólico puntear de guitarra, mas allá las guturales y casi extintas notas de la zambomba, llegué al cuartel principal del presidio, á aquel edificio ya descrito, cuyo ruinoso y menguado aspecto hacíanle por entonces tan propio para almacen de miserias; así como no parece adecuado para ocultar la maldad del alma, un rostro bello y juvenil.

Yo iba al cuartel principal, por terceras partes conducido, por mi deber, por aburrimiento, y por curiosidad. El deber llevábame de mala gana; el aburrimiento me expoleaba á medias; la curiosidad me hacia andar de prisa.

Todas las noches entraba yo en el presidio, pero aquella apodada *buena*, parecíame la de mi debut; tal fué la impresion desagradable que me produjera el solo ingreso en el portal, donde ya la fetidez nauseabunda propia y característica de las prisiones, se me hizo insoportable, y eso que mi membrana pituitaria conocía de antemano intimamente.

Quien no ha oído los gases que se escapan de esa gran retorta que se llama una cárcel, puede decir que conserva la virginidad de su nariz. Es que el cieno social apesta más que el cieno de los pantanos; es que la pestilencia cadavérica resulta más venenosa, *cuando el muerto está en pie* y anda de acá para allá, arrastrando una cadena.

Si el Dante, el géneo de lo terrible, hubiera poseído el secreto de lo que podemos llamar perfumería penal, su infierno tendría aun más horror, y sus condenados serían más dignos de lástima.

El aire viciado de las cárceles y presidios recoge las emanaciones amoniacales de los excrementos; el vaho que se desprende de ochocientos ó mil hombres, cuyos cuerpos desaseados no han llamado todavía la atención de la higiene oficial; la humedad; el carbono de las luces y el carbono de la respiración; el humo del tabaco infamemente adulterado; las secreciones volatilizadas de las enfermedades más asquerosas, y sobre todo esto, los residuos de los alimentos envían su contingente de eso que se llama *cochambre* en andalucismo gráfico é insustituible. Un baño de aire presidial produce el mismo efecto en la economía que una exagerada dosis de tártaro emético. Vivir en aquel ambiente cálido, espeso, que participa del olor del andrajo sucio y de la pústula supurante, y del resuello de la cloaca, y vivir sin vomitar, es el milagro de aclimatación que más puede sorprendernos.

Los lóbregos pasillos del presidio, no estaban tan solitarios como de costumbre. Las cuadras permanecían abiertas; había más luz que otras noches, luz que al resbalar sobre el viscoso pavimento tenía de ese amarillo mortuario, las sucias paredes y los siniestros transeuntes.

Cantares de todas las provincias de España, dibujaban, si así puede decirse, el mapa lírico de nuestras

provincias, en aquella semi-oscuridad medrosa y sinie-
tra. No se veía á los cantores, pero allí habia aragone-
ses y andaluces, vascos y valencianos, astures y cuba-
nos, montañeses rudos, é indolentes moradores de las
murcianas vegas. Las coplas que á duras penas eran
inteligibles, por lo ronco y apagado de las voces y
por las malas condiciones trasmisoras del sonido de
aquel aire casi sólido, semejaban en remotas lejanías el
desfile de todos los pueblos de España, con todos sus
sentimientos y pasiones. Se invocaba el recuerdo de la
mujer amada, se llamaba al padre y á la madre, se da-
ba espansion á la cólera, y se apelaba á una religion
convencional, más poética que ortodoxa; y en este
punto se me ocurre que no es impertinente consignar
el hecho constantemente observado por mí, de que el
preso hace centro de sus creencias religiosas á la ma-
dre del Crucificado, ora cantando sus angustias, ora
enalteciendo sus bondades. Es indudable que entre to-
do el que sufre y María la Nazarena, existe una mis-
teriosa corriente de simpatía que se manifiesta en
prácticas devotas, en cantos, y hasta por medio de su-
perticiones y blasfemias. La virgen del Pilar, la de los
Desamparados, la de las Angustias, la de Consolacion
de Utrera, la de la Gracia de Carmona, y la del Car-
melo, tuvieron aquella noche acentos desgarradores
que las invocaron. ¡Tremendo contraste! El feroz asesino,
el ladron desalmado, es decir, la fuerza brutal en
sus mas sangrientas manifestaciones, amparándose de
lo más débil, de lo más ideal, de lo más delicado; de
María, cuyas lágrimas no se enjugan, cuyo pecho tras-
pasado no cesa de sollozar. ¿Por qué la gente ruda y
curada de espantos, de nuestro pueblo, no elije por
patron al arcángel valeroso que pisotea y amenaza al
génio del mal, ó á San Jorge que dió muerte al dra-
gon con el esfuerzo de su brazo, y prefiere acudir en
sus trances y empeños á una madre transida de dolor,

y debilitada por los sufrimientos? No lo sé; la ley del contraste no me ha revelado aun su secreto. Solo tengo por cosa averiguada, que el fuerte busca al débil, como los hombres chicos buscan mujeres grandes, y los grandes las buscan chicas; del mal, el menos, que dirán ellos.

Hasta aquel momento, la Noche-buena del presidio no tenia nada de particular ni de característica. Los penados iban y venian tranquilos, mordiendo los cigarros puros con que les habiamos obsequiado. Vino, circulaba muy poco, y con el agua suficiente para que el Valdepeñas perdiera por completo sus propiedades alcohólicas. En las cuadras se guisaban gatos, conejos ó cabritos, que en esto habria dudas insuperables para emitir una opinion afirmativa. Se oian risas contenidas. El hierro sonaba haciendo coro á las carcajadas faltas de expansion y de alegria.

La corneta, que es el reloj del presidio, anunció que eran dadas las nueve de la noche. Sonaron los rastrillos; una ronda de capataces y cabos comenzó á cerrar las puertas de las cuadras. Oscurecieron los pasillos, y á medida que avanzaba la sombra en la extensa galería, quedábase esta solitaria y en silencio, como debe quedar el nicho cuando el sepulturero cierra el último resquicio con el último ladrillo, é interpone discreto biombo entre el muerto y los vivos.

Solo yo en el exterior de la crugia, asisti á la clausura de aquellas populosas sepulturas, pensando por intuicion, que acaso no volverian á abrirse para algunos de los miseros reclusos las puertas de sus calabozos. Poco despues comenzó á dejarse oír sordo abejorreo; las coplas extinguidas en el aire cuando sonó la corneta volvieron á estallar, más sordas, más lejanas, más siniestras. Semejantes á esas luces lividas que brillan con escasa fuerza ante un nicho ó un ex-voto, salian por los ferrados postiguillos de las puertas de las cuadras

algunos rayos luminosos que se rompien en la calima que llenaba el pasillo. El ruido iba en aumento. La alegre ola de las expansiones subia y subia sin cesar. Comenzaba la Noche-buena del presidio, como si hubiese esperado para manifestarse á que el aislamiento de los reclusos agrandase la distancia que los separa de la sociedad. Y puesto que comenzaba el espectáculo que alli me habia llevado, quise verlo y me asomé á uno de los postiguillos más cercanos.

El farol de ordenanza, habia sido reforzado por varias candilejas que, aportando su contingente de luz, llenaban la estensa nave de una claridad relativa. Todos los petates (camas) estaban vacíos, á derecha é izquierda de la cuadra. Grupos de confinados sentados en el terrizo suelo, comian, hablaban, y á hurtadillas, no obstante hallarse en familia, bebian para hacer boca del infernal aguardiente contenido en sendas vejigas de toro, que entran fácilmente ocultas entre las ropas y los útiles del trabajo, ó por otros ingeniosos medios que el vicio sugiere y un sistema de vigilancia detestable, hace posibles. Las fisonomías se animaban por momentos. Fuego comenzaba á haber en todas las miradas, y la alegre expansion popular se ponía un sí no es terrible, por el ódio amontonado en aquellas conciencias, lo patibulario del lugar, y lo honrado de la fiesta de las familias, que celebraban aquellos huérfanos legales; trozos de carne atrofiada que la sociedad se habia amputado, mas bien que hombres.

No quiere decir esto que todos los presos parezcan diablos, y que al asesino hayan de teñirsele de sangre las manos con periodicidad acusadora; por el contrario, los hay tan arrepentidos exteriormente (el arrepentimiento de los confinados no pasa nunca de la superficie, como probaré en otro capítulo) que parecen honrados burgueses combatidos por una calami-

dad, mas bien que réprobos condenados á merecida pena; ni tampoco que la Noche-buena del presidio sea una saturnal esmaltada de crímenes. En la cuadra que hice primer objeto de mis observaciones, las cosas no pasaron á mayores; se comía alegremente, se bebía con sed insaciable, y se cantaba con acento de patética desesperacion; pero el tono general era siniestro (y perdone el lector la frecuencia con que uso este adjetivo, el único entre todos los españoles, que al colorido de las escenas del presidio conviene: si en vez de escribir pintase, usaria el asfalto como tinta predominante en mi cuadro.) Lo mismo sucedia en todas las demás cuadras; sin haber salido el crimen, la Noche-buena habia introducido algo de su honradez innata en aquel antro, como el sol halla medio de visitar alguna vez las cuevas mas profundas. Solo el fétido aliento de la cárcel permanecia inalterable: se festejaba el Nacimiento, pero no olía á tomillo; seguía oliendo á presidio.

Continué mi peregrinacion de observador furtivo, á lo largo la extensa crugía. En unas cuadras, la fiesta era simplemente lírica y gastronómica; en otra era tambien coreográfica. Amplio círculo de confinados, en cuclillas los de la fila interna, de pié los de la última fila, rodeaba á un infatigable bailarín, que en el centro del corro ejecutaba un paso de esos bailes andaluces que ni en el seno del presidio pierden su orientalismo. El artista pedestre, era un jóven condenado á ocho años de presidio, una bicoca comparada esa condena con las inestinguibles que tenían á cuestras sus admiradores. Se le jaleaba, se le excitaba con coplas, palmas y gritos, en que sobresalian todas las onomatopéyas del *argot* andaluz; y el bailarín, sin duda, recordando las *juergas*, *boyas*, y *giras* campestres de *la tierra*, el gemir de las guitarras, los ondulantes giros de *la flamenca*, que fué, tal vez, su última pareja; to-

mando por sol de la campiña sevillana el mísero candil que le alumbraba, y por regalado nectar de las soleras de Jerez ó del Puerto, el licor infame que de vez en cuando se le ofrecía, dió por un momento á su danza toda la lubricidad, toda la espresion, todo el colorido posibles, y los aplausos estallaron y las vegigas de aguardiente dieron salida á la lava que en forma líquida guardaban avarientas. Borróse poco á poco el influjo magnético del baile; se rehizo el disuelto corro, y aquellos infelices malvados dieronse á comer el guiso extraordinario de la solemne noche, con fruicion digna del mas sibarita gastrónomo. Estaban otra vez en familia; lo biblico volvía á dominar, solo que aquella cena no sería interrumpida por el Angel, nuncio de la buena nueva.

Entretanto, la fria humedad que viene del mar en alas del viento de la madrugada, va invadiendo el solitario pasillo. Los faroles agonizan, como si ellos mismos no pudieran resistir al sueño; los vigilantes envueltos en sus mantas, se aburren recostados sobre la pared, como si sintieran la nostalgia de la fiesta, que se desencadena (es la palabra) mas animada que nunca tras las apolladas y remendadas puertas de las cuadras

Vuelvo á desandar la andado; ya he visto la Nochebuena en el presidio, y bien puedo irme á mi casa á estudiar lo que es la Noche-buena en una fonda barata. El pavimento, cada vez mas resbaladizo, brilla á trechos, como la piel viscosa de un reptil. Es preciso caminar con cierta precaucion, y tomo el lado de la izquierda, donde, en procesion inacabable, sitúan las puertas de los dormitorios. Al pasar frente á cada ventanillo, fétido torrente de vapor, parecido al eructo de una enorme bestia, me hace volver la cabeza. De todas las rendijas brotan rayos de luz pajiza, rumor de

carcajadas, interjecciones, palmoteos, palabras incoherentes acentuadas con todos los dejos peculiares de las diversas regiones de España, desde el ¡otra! ¡que Dios! de los aragoneses, al ¡voto vá Deu! de los catalanes, pasando por las demás blasfemias ú obscenidades que esmaltan el lenguaje de algo así, como úlceras, por donde supura la perversion humana.

Espoleado por aquella confusa batahola que me acompañaba de una á otra cuadra, llegué ante la puerta de la que servia de alojamiento á la sétima brigada de cadenas perpétuas, legion distinguida entre todas las legiones del crimen. Por el ventanillo, dióme la misma bofetada la pestilencia *sui generis* que venia del interior, pero la cuadra estaba silenciosa, como si la habitasen cartujos.

—¿Qué sucede en casa de mis buenos niños, de la sétima de cadenas?—me pregunté, sorprendido por el contraste que ofrecia aquel inopinado silencio con el ruido dominante en las demás brigadas.—Y asi diciendo, me asomé al ventanillo y vi en pocos segundos todo esto.

Los confinados cenaban divididos en dos grandes grupos, uno de aragoneses, otro de andaluces,—que ni aun á la hora de festejar la Noche-buena podian depouer sus odios. El corró de los andaluces, apiñábase en torno de una gran cazuela que contenia un océano de caldo negro, y varios trozos de un presunto cabrito. Los aragoneses formaban círculo en derredor de otra cazuela, no menos monumental, de bacalao á la vizcaína. Todos los comensales callaban, dejando en uso de la palabra, los aragoneses á un riojano alto, fornido sin pesadez, mas bien huesudo y anguloso, que de pié, con el birrete de vivos amarillos sobre una oreja, accionaba provocativamente; y los andaluces á un cordobés chiquitin, moreno claro ó rubio sucio, que contestaba con no menos viveza y con no menos procacidad á su

interlocutor. El riojano, condenado á cadena perpétua por asesinato de su mujer, hablaba de ir á mojar, por la fuerza, una sopa de pan en el guiso de cabrito de los andaluces, como en señal de dominio y superioridad; y el cordobés, apelando á la elocuencia de Lucano y Séneca, sus compatriotas, dudaba, en epigramas sangrientos y soeces, de la existencia de signos físicos varoniles en el riojano, para poner por obra su bravata. El riojano amenazaba hasta con el gesto mas insignificante; el cordobés se sonreía con malicia, como recordando lo expeditivo del procedimiento que en mas de una ocasion libróle de sus enemigos, llevándole por remate de triunfales jornadas á una pena perpétua que, si le garantizara la eternidad, tendria él por favor, mas que por castigo. Ninguno de los dos estaba pálido, por que no puede palidecer el cutis terroso del confinado; pero ambos estaban convulsos, el riojano con temblor agravado por el vino; el cordobés estremecido por las corrientes de cólera que circulaban por sus nervios. El auditorio no perdía sílaba, ni detalle, de aquellos preliminares solemnes; sabia que se ventilaba el decoro de ambos bandos, y de aquí el silencio aterrador que se habia apoderado de la cuadra. Todas las manos buscaban en las fajas el puñal, pero mientras los jefes discutian, los subordinados callaban. El odio vibraba en todas las miradas; antipatías tradicionales, que ya he descrito en otro capítulo con el epígrafe de *Aragoneses y andaluces*, habian puesto una vez mas sobre el tapete la cuestion del predominio absoluto en vano perseguido por uno y otro bando. Era la batalla inminente, y no podia aplazarse ni resolverse en almuerzos, como los desafíos á primera sangre que abortan entre las gentes que andan sueltas.

Dió el riojano un paso, pronto como César, á pasar el Rubicon; en una de sus manos brillaba un ancho y largo puñal, y en la otra tenia el trozo de pan destinado

mojarse en la cazuela de los andaluces. Disolviéronse los grupos, yendo á replegarse á retaguardia de los contendientes, y quedaron cara los dos adversarios.

El cordobés, agazapado y como en acecho, no hizo movimiento; arrojó al riojano las últimas provocaciones envueltas en las mas súcias palabras del presidio, y esperó la agresión, que no tardó mucho. Azulado relámpago brilló un momento en el aire; era el cuchillo del riojano que avanzando de un salto, buscaba al cordobés para herirlo; pero éste, semejante al gato de clavo que se cria en Sierra Morena, se acurrucó aun más; estendió el brazo, y el riojano se clavó en mitad del pecho, la ancha faca inglesa que el andaluz habia opuesto como barricada de acero al empuje de su contrario. Sonó un crujido, siguiéronle un grito y una blasfemia, y el riojano cayó de espaldas. Nunca pudo decirse con mas propiedad

*las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron;*

porque nada mas extenso y kilométrico que aquel cuerpo de gigante, visto en decúbito supino.

Tras esta escena rapidísima, momentánea, que me tuvo paralizado, frio de terror, durante algunos segundos que todavía me parecen una eternidad, se generalizó la lucha. Andaluces y aragoneses vinieron á las manos con singular fiereza, de que son pálido reflejo esas luchas de nuestros bravos callejeros. Aquella no era una riña de hombres; aquella era la demencia de toda una familia de tigres; allí no habia neutrales, por que la inaccion costaba la vida. Algunos confinados huyeron á esconderse bajo los catres, formando parapetos con los colchones; eran los que no estaban borrachos, ó los que abrigaban la esperanza de una escarcelacion próxima. El tumulto reemplazó alsilencio sepulcral que poco antes reinara en la sétima brigada de cadenas perpétuas. Cesaron las coplas en las cuadradas mas pró-

ximas, y por un momento creí oír los aullidos de una *menagerie* completa, que hubiese despertado de pronto.

Sonó un toque de corneta, el toque de alarma, y acudieron las rondas volantes, capataces, cabos de vara, soldados de la guardia, y cuantos elementos tenían obligación de concurrir á dominar el tumulto. Yacían en el suelo de la cuadra ocho ó diez cuerpos, muertos ó heridos, cuando se apagó la única luz que quedaba encendida; y á oscuras, como si para matar y morir no fuesen precisos todos los sentidos, seguía la lucha, mas horrible, más pavorosa, más repugnante que todos esos épicos combates de que están llenas las historias. La guardia disparó algunos tiros por el ventanillo; los capataces y cabos gritaron:—¡Cada uno á su petate! que bien podía traducirse por la locución vulgar:—¡cada mochuelo á su olivo!; se abrieron las puertas de la cuadra, un cabo de vara se adelantó con un farol encendido, y detrás nos precipitamos todos repartiendo palos, cuchilladas, tiros y bayonetazos á diestro y siniestro; con gran lujo de severidad, se entiende, por que los sublevados no hicieron la menor resistencia.

Tras el tren de batir, el tren sanitario. Poco despues llegaban los practicantes de la enfermería provistos de camillas; se recogió á todo aquel que no podía tenerse en pié, y el lúgubre convoy se puso en marcha para el hospital, donde aprecié con certeza el resultado de la batalla, á saber: dos muertos vistos, el riojano y un hombrecillo, viejo y raquitico que habia matado á su novia allá en Galicia 40 años antes, por 14 reales que ella no quiso devolverle al terminarse los amorios; y seis ú ocho heridos leves todos, unos de arma blanca y otros de arma contundente, entre los que se encontraba el cordobés.

Mientras el médico daba puntos de sutura cruenta á los heridos, yo me asomé á uno de los balcones de la enfermería. Las aguas del Estrecho corrían produ-

ciendo un ruido igual al de cien rios desbordados; el cielo, blanquecino por los rayos de la luna que en vano pretendian abrirse paso tras las plumizas nubes, comenzaba á aclararse con los resplandores del alba; enfrente, las luces de Gibraltar semejaban los ojos encendidos de un mónstruo marino medio oculto por las brumas; á mi espalda la miseria y el crimen que sufrían; á mis piés, Ceuta medio dormida; y en el aire, sobretodo esto, las campanas tocando á maitines, y diciéndonos que aquella que se iba era la Noche-buena. No saben las campanas lo que dicen, ó los hombres no han podido ponerse todavía de acuerdo con las campanas.

Quise ver al cordobés, héroe de la noche, un poco por curiosidad, un poco por admiracion, algo por lástima, y mucho por orgullo,—¡ya se vé! andaluces éramos ambos —y volví á la enfermería. Estaba ya encamado, cubierto por una manta descolorida, entre parda y color de ocre, y sufría en aquellos momentos la cura de primera intencion. Le interrogué y no sabia nada; á creer su relato, era el hombre más comedido del mundo. Ceceaba mucho, y ciertas consonantes las pronunciaba con gran dureza, señal de energía y de firme resolucion. Era un labriego tosco, pero se hacia mas inculto y selvático aun de lo que era. De vez en cuando, sin embargo, una llamarada de sus ojos medio ocultos bajo unas cejas espesas y unos párpados carnosos, advertía al observador que aquel volcan no se habia apagado, que aun hervía en aquel pecho la ira. Tal vez se acordaba del muerto, y queria comenzar de nuevo á probarle que no se mojan impunemente sopas en el guiso de cabrito, discutible, de los andaluces.

En cuanto al misero riojano, yacía tendido en la capilla ardiente del presidio, un cuchitril que venia escaso á aquel gran muerto. Sobre una tarima pintada de verde oscuro, dormía su último y perdurable sueño aquel detritus de la naturaleza, que ya lo habia sido

de la sociedad. A la cabecera, un poco hácia la izquierda, un candil llenaba de medrosos resplandores y de oscilantes sombras á veces, la cara del muerto, dibujando en la pared la silueta de la nariz y los puntos mas salientes del rostro; de manera, que por una siniestra ironía de esas pequeñas cosas que nos persiguen y mortifican aun mas allá de la tumba, aquel muerto, que era espantoso, hacia muecas de payaso cada vez que el aire empujaba la llama de la piadosa luz encargada de velar al cadáver, no de ayudar al histrion. El otro muerto reposaba allí acerca, pequeño é insignificante como fué en vida. Su sangre habia salido toda por la bestial degolladura, y esta circunstancia, contribuyendo á disminuir su menguado volumen, aumentaba el contraste entre el riojano atlético, corpulento, huesudo, y el pobre vejete gallego, cuya pobreza física no dejaba explicar como cosa tan debil habia resistido treinta años de cadena, bajo el sol ardiente de Africa, y en la atmósfera palúdica del presidio.

Cayó, segun ya dije, el riojano, herido del rayo al clavarse él mismo en su violento empuje el cuchillo del cordobés, y la muerte habia conservado, como fotografia instantánea, la expresion iracunda del rostro, á que daban mayor horror unos ojos desmesuradamente abiertos que lo miraban todo, y que nada veian. Las fuertes mandíbulas cerradas por violenta contraccion habian cogido y seccionado un pedazo de lengua, por manera tan extraña y horrible, que parecia que la blasfemia flotaba aun en las sanguinolentas espumas que cubrían aquella boca, donde la Muerte,—podia decirse así—depositó con su beso algo de repugnante voluptuosidad, y mucho de la expresion horrenda que debe vagar en la sonrisa de los condenados.

El médico, inclinado sobre el cadáver, sondaba la herida abierta algo mas abajo del esternon, en el

espacio del pecho que dejan libre las costillas. Estensa era la grieta por donde habia volado la vida, pero poco profunda. La sonda tropezaba á los pocos milímetros con un cuerpo duro que debia ser una de las costillas verdaderas, y lesion tan superficial no podia explicar lo instantáneo de la muerte. Fué preciso buscar otras heridas, y se desnudó al cadáver casi por completo, pero inútilmente: el riojano no tenia mas herida que aquella por donde resbalaba lentamente, por donde rezumaba, mejor dicho, la sangre negra y espumosa. En cuanto á muerto, no habia duda; muerto y muy muerto estaba aquel misero parricida, que espiaba al cabo de algunos años el crimen que desde la Rioja habíale empujado hasta Ceuta.

Hago gracia al lector de las diligencias judiciales, de las declaraciones y careos, de las pesquisas, é inútiles esfuerzos hechos para obtener el menor rayo de luz en aquel dédalo de crímenes. Los testigos confinados, negaban con estudiada terquedad; yo mismo no estaba seguro de lo que habia visto en momentos de terror y sorpresa por el ventanillo de la sétima brigada de cadenas; y es probable que á estas horas no se sepa de la muerte del riojano y del gallego mas de lo que se sabe de la piedra filosofal.

En estas y en las otras, amaneció el mas esplendoroso día de Pascua que recordar puedan los nacidos. De la tierra se evaporaba ese húmedo perfume que arrancan á su mojada corteza las primeras caricias del sol. El mundo vegetal, siempre verde, siempre flamante en Africa, parecia aquella mañana vestido de fiesta; el aire de Poniente traía en sus alas los rumores y los perfumes del Océano; habia en la atmósfera una verdadera difusion de alegres notas; sonreía el azul del cielo; sonreían el aire, la luz, las mal despertas muchachas, en quienes el recuerdo de una noche

pasada en íntima proximidad con el novio, mantenía aun en el ardiente y excitado cerebro visiones de erótico linaje; los niños que esperaban el aguinaldo tras el festín y las golosinas de la Noche-buena; los pájaros recién llegados de países mas fríos y verdaderos emigrados del *confort*, que se volvían locos de placer al encontrar un ambiente cálido, un sol primaveral, y unos campos ricos en alimentos para la alada familia; todo, en fin, se resolvía en una universal sonrisa, y daban ganas, de decir con el poeta:

¡Cantad en vuestra jaula criaturas!

Solo aquel muerto estaba triste; y la matutina claridad, como temerosa del espectáculo que la aguardaba, iba entrando poco á poco en la capilla mortuoria; y de blanca y riente se tornaba en pálida y sinierta al llegar á la cara del riojano, que recibió, acaso, con la tímida primera caricia del sol de Pascua, el perdón de sus culpas y pecados.

Como la faena era larga, y de la certeza del fallecimiento de ambos confinados, no era posible dudar, la autopsia iba á empezar muy pronto. El médico tenía prisa, el juzgado también; todo el mundo deseaba acabar cuanto antes con aquellos muertos inoportunos, que venían á turbar la solemne festividad del día, para dedicarse sin embarazos ni molestas atenciones á la celebración de la Pascua; una Pascua con sol, con aire perfumado y tibio, con tornasoles infinitos en el cielo; mañana alegre hasta en aquella fúnebre estancia, ante dos cadáveres que semejaban dos víctimas inmoladas en el altar de feroz divinidad del crimen, que hubiera hecho su horrible pagoda del cuartel del presidio y sus patibularios sacerdotes de los confinados.

Los artefactos médico legales del Hospital del presidio, eran bien sencillos. Una mesa portátil forrada de zinc, una cubeta donde iban escurriendo la sangre

y el agua; un mazo de madera y un corta-frio de ancha boca para romper los duros huesos craneanos; y una sierra mellada y mohosa: hé aquí todo lo que se necesita para investigar las causas de la muerte; para inflingirla se necesita mucho menos.

El riojano yacia totalmente desnudo, sobre la mesa forrada de zinc; y estaba escrito que ni aun despues de muerto habia de caber aquel desgraciado en los moldes legales; pues la mesa le venia chica y sobrabanle muchas pulgadas de sus piernas rígidas y sucias. Grandes manchas moradas se iban apoderando de la piel del cadáver; sus ojos se habian enturbiado como si sobre el cristalino hubiese estendido la muerte una capa de gelatina. Los brazos, que la rigidez cadavérica habia levantado y como arqueado, parecian en actitud de acometer. En el lado izquierdo del pecho veíase un dibujo á puntos azules, que representaba toscamente dos corazones y unos guarismos medio borrados; tal vez una fecha memorable, y una alegoría amorosa, cuyo secreto se llevó al cementerio de Santa Catalina, aquel héroe de melodrama con grabados.

Un preso, barbero de oficio, y cirujano menor por extension, lavó la herida del pecho con una esponja empapada en agua; dió despues, con un mal cuchillo un corte en la piel frontal, y la sierra y el cincel alternando, comenzaron á destruir la sólida cubierta que guarda tenaz y avara, la parte mas augusta de la miseria humana; el cerebro.

A cada viaje de la sierra, rechinaba el hueso, vacilaba la mesa, y el muerto se estremecía como si se sintiera profanado. Luego venia el cincel, que poco á poco iba excavando ancho foso algo mas arriba de las cejas. Mordía de nuevo la sierra, hasta que por fin la resistente caja cedió, fragmentada mas bien que cortada, y quedó al descubierto la voluminosa masa cerebral, con su color gris sanguinolento, sus anfructuosidades, re-

pliegues, prominencias y depresiones. ¡Tremendo espectáculo! El riojano, apenas tenia apariencia humana; parecia mas bien una estatua de barro cocido, cuya parte superior hubiese roto un rapáz travieso. Visto desde los piés aquel pobre hombre incompleto, semejava en su mutilacion un mártir, á cuyo suplicio se hubiera querido añadir la burla, coronándole con sus propios sesos.

Un ambiente de carniceria, comenzó á llenar la estancia, reemplazando al airecillo fresco y puro de la mañana. El médico y su ayudante examinaron de una ojeada el cerebro; allí no habia lesion apreciable. Yo tampoco ví, y lo miré muy cerca, rastro alguno del alma, ni destello, sobrenatural, ni fluido misterioso; del espíritu de aquel infeliz no habia quedado mas que la vivienda, que ya comenzaba á oler mal.

Tocó su vez á la cavidad torácica, y el pecho abierto de par en par, dejó ver una cosa horrible; clavado entre dos vértebras, el cuchillo del cordobés, que crujió al romperse, estaba todo allí, excepcion hecha de la empuñadura. El templado y cortante acero, habia deshecho pulmones, arterias, redes venosas, tegidos, huesos, cuanto encontró á su paso, y al tropezar con la espina dorsal, mató por conmocion como mata el rayo, y el riojano cayó como la res atronada cae en la plaza. La hemorragia, tambien, habia sido espantosa y jamás se vieron tantos estragos. Baste decir que se necesitaron los esfuerzos reunidos del médico y de su practicante, para desclavar la hoja de la faca. En aquel resistente zarandeo, el muerto parecia luchar por llevarse á la fosa comun la reliquia homicida, acaso como aguijon vengativo, y por sí la vida existía mas allá de los límites visibles de un sepulcro, vengarse.

Quise ver el corazon de aquel hombre; quise escudriñar aquella viscera, que habia amado, que habia sentido odios, celos, penas cruentas, que habia sabo-

reado venganzas, que habia padecido remordimientos; quise medir aquel trozo de carne, palpitante otras veces, ahora inerte é insensible, para saber de que tamaño es el escenario del eterno drama humano; quise apreciar lo exquisito de la materia de una entraña que exparece por todo nuestro ser las mas dulces sensaciones, que nos embriaga cuando inyecta el tibio y regalado efluvio amoroso en nuestras venas, que nos enloquece cuando envia torrentes de ira en avalanchas de sangre, al cerebro, que nos agiganta, cuando desarrolla ese fluido eléctrico del heroismo, que nos empequeñece y degrada, cuando se contrae por el miedo; quise ver los yacimientos de maldad que hay en el alma humana, y los resortes que empujaron al crimen á aquel malvado trágico que ante mis ojos estaba hecho trizas; quise ver el depósito de las lágrimas que debe ser inmenso, inagotable, como la ignota y amarga fuente de donde nacen los mares; quise apreciar por mí mismo la delicadeza de un órgano, que redobla su vida bajo el influjo de la mirada de una débil mujer, y que se paraliza ante el cañon de una pistola; quise ver todo eso, y hubiera tocado el corazon del riojano, á no contenerme el temor de cometer el más brutal estúpido; quise ver todo eso, repito, y no ví mas que un trozo de carne violácea, muerta, pestilente, inanimada. Ni siquiera pude comprobar la tradicion pictórica, que dá á los corazones una forma bella y artística, por que el corazon de veras, se parece muy poco al corazon pintado en láminas piadosas y en alegorías de amor.

Salí de la sala de autopsias, y del Hospital luego, llevando como aguinaldo de Pascua, como propina de la Noche-buena, decepciones y horrores. Ya era tiempo; necesitaba aire puro, luz, espacio; parecíame que habia pasado la noche en una tumba, y me corria prisa resucitar.

Dejé detrás de mí aquellas visiones reales y tangi-

bles, y desde entonces vengo haciendo lo posible por olvidarlas y por recordarlas, en contradictoria lucha. Por olvidarlas, cuando la felicidad pasa veloz y me envía con sus ténues alas una onda de dicha; por recordarlas, cuando la desgracia necesita para convertirse en resignacion, comparar el mal propio con el ajeno, y deducir á nuestro favor ese benéfico saldo que hace las veces de capital activo en las quiebras por derroche de pasiones.

.....

.....

Cuando volví á ser persona, en la apacible soledad ruidosa de la fonda; cuando me puse á tomar apuntes mentales para escribir mas tarde *La Noche-buena en el presidio*, mi cocinero, ayuda de camara, secretario y criado de confianza, todo en una pieza, Juan de la Cruz Asiático, á quien mas adelante dedicaré algunas páginas, entró y me dijo en un castellano intraducible:

—Senor, D. Juan; mire V. las botas nuevas; les llega la sangre al tobillo.

Efectivamente; yo me habia prevenido contra la lluvia, y tuve que patinar en un lago de sangre. ¡Ah! la prevision humana!...

Desde entonces no he vuelto á *ponerme las botas*. Me hubiera parecido que llevaba los pies dentro de dos sepulturas.

PAVO ASADO

Mi amigo Ferrandiz, es un gastrónomo que lleva á las especulaciones culinarias su talento de artista, y sus aficiones genuinamente españolas.

Ferrandiz pinta con predileccion escenas de su Valencia tradicional, esa tierra donde todavia hay árabes y huries; los personajes de sus cuadros se distinguen, por su carácter popular ellos, por su carnal espiritua- lismo ellas; que solo al génio es dado realizar estos maridajes de lo real y de lo ideal, trazando sobre la tela mujeres pálidas como las heroínas del romanticis- mo, que son á la vez muchachitas frescas, admirables como espresion psicológica del concepto hembra, y ex- citantes como la fruta en sazon, que parecen decir mos- trando su exterior apetitoso: ¡muérdeme!

Cautivando á la vez Ferrandiz el alma y los senti- dos por medio de su arte; siendo su musa castiza,—

aunque un tanto apática en estos últimos años en que el artista ya tiene canas y reuma, y prefiere trabajar para su hijo, volviendo filosóficamente las espaldas á la gloria—lógico era que sus aficiones de gastrónomo, fueran tambien españolas de pura sangre, sencillas como los resortes que emplea para atraerse al público, sóbrias como el gesto de sus alcaldes de la huerta que riega el Turia, y sólidas como el modelado de sus mozas, que parecen hechas de una carne especial, por lo sana y lo jugosa.

Pero si Ferrandiz persigue la naturalidad en la esfera del arte... y de la cocina, no prescinde—y aqui mi admiracion sube de punto—de las solemnes ritualidades, que pudiéramos llamar clásicas de la gastronomía.

Días pasados me dijo:

—Venga V. á casa el dia de Año Nuevo; y nos comemos un pavo.

Y yo, que suelo llegar tarde cuando me esperan para cobrarme algo, concurri á esta cita con puntualidad digna de consignarse en mármoles.

Encontré á Ferrandiz oficiando de pontifical; de *grand tenue* del fogon, como si dijéramos; solemne, grave, poseido de su papel, obedecido sin chistar por un ejército de auxiliares. Parecia un sacerdote druida sacrificando á las divinidades galas en los bosques sagrados de la Bretaña, sobre el ara sangrienta donde la victima palpita y se resigna á ser digerida.

¡Un pavo muerto!... ¡Qué espectáculo para un estómago que tiene conciencia de su capacidad!

El pájaro que me ocupa, y que Ferrandiz manufacturaba mas hábilmente aun que el mas egregio príncipe de los cocineros, habia sido sacrificado de un solo golpe sobre la yugular, la noche antes. Murió sin agonía, segun testigos presenciales, y la muerte anticipándose á la accion bienhechora de las brasas, habia ablandado aquellos músculos que Naturaleza

pródiga creó para solaz del hombre afortunado que posee esa chispa divina que se llama paladar.

El exterior pálido del pavo, la flaxidez de sus miembros, su abultada pechuga, cuya graciosa curva recordaba las ondulaciones del seno femenino, todos los detalles en fin, imponían el respeto á aquella dicha yacente.

Un certero golpe del cuchillo de Ferrandiz, abrió el vientre del pavo. Un mandarin chino hubiera deseado para la hora de su suicidio aquella herida recta, severa como las líneas de la arquitectura de la Roma suntuosa y artística.

Una vez abierta la fosa, Ferrandiz la relleno de prismas de jamon, de trozos menudos de tocino, de yerbas aromáticas, de carne magra de algun cerdo vulgar, bien ageno de que sus despojos iban á tener tan digno alojamiento; de especias, de materiales varios, que en desordenado concierto habian de producir mas tarde ese todo armónico que da la vida y se llama relleno.

Fuerte ligadura sujetó los muslos del pavo, que parecían torneados por la musa de los apetitos carnales para alguna jamona mundana. Blanco sudario de manteca cubrió aquellos despojos destinados á merecer los elogios del paladar, que son las preces que á sus víctimas consagran los estómagos discretos. Llegó la enorme tartera, ataud de los cadáveres comestibles, y esperamos la hora de que el horno estuviese en punto; por que así como para que el Amor surja y se poetize una existencia, es preciso que el corazon alcance determinada temperatura, para que el asado no sea chamusquina vulgar, y para que no se carbonice lo que debe únicamente recibir el beso del calórico, es preciso que el horno atravesase cierto momento crítico, ni muy frio ni excesivamente caluroso. ¡Siempre el término

medio dominando en la política y en la cocina; el radicalismo achicharra, pero no sazona!

El horno de casa de Ferrandiz, es obra del propio autor de «Las Primicias». *Gourmet* en toda la sabia extension de la palabra, quiere gozar antes de comer, comiendo, y despues de haber comido; y para proporcionarse el placer prévio de vigilar por sí mismo el asado que despues ha de producirle deliquios interminables, se construyó el horno, que, á mi juicio, es el mejor ornamento de su casa. Hizóle, él mismo, de fábrica, con tanto *amore* como si hubiera construido las termas de Caracalla, el sepulcro de Mausoleo, el salon de embaajadores de la Alhambra, ó la catedral de Búrgos. ¡Ser arquitecto y obrero de un horno que fabrica asados...! Solo Ferrandiz podía permitirse esa diversidad de talentos, que le hacen superior á Moliere; por que si este representaba sus propias obras, Ferrandiz va mas allá, y se las come.

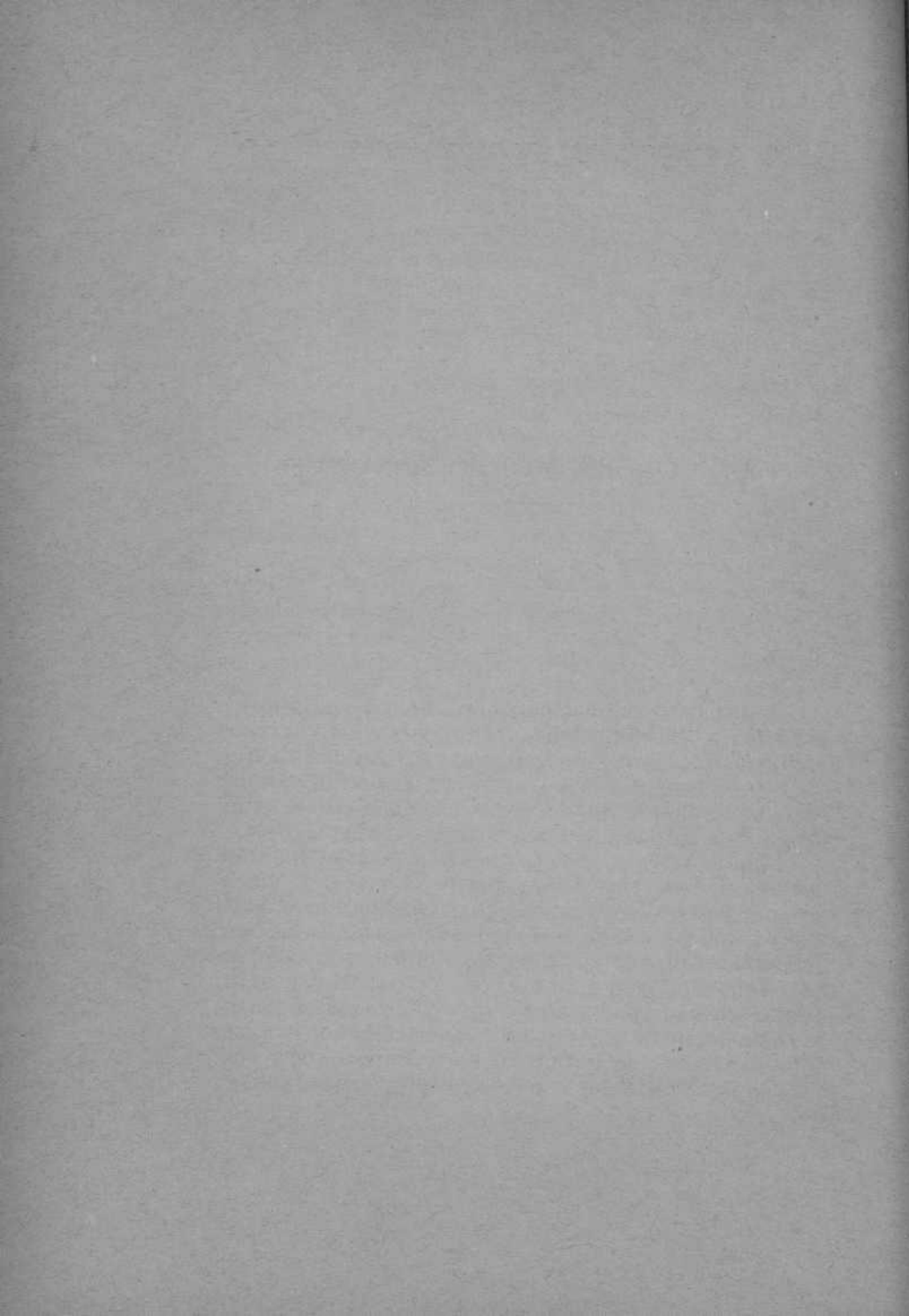
Por fin sonó la hora; dentro del horno el calor pedía una victima, y se le confió el pavo. Cuando pasó por delante de mí aquel cadáver, amortajado de blanco como una virgen, me descubri. La muerte es de por sí digna de respeto; un muerto útil, es, además, solemne.

La sacra estufa comenzó á funcionar. Primero se deshizo en lágrimas nutritivas el sudario del pavo, cuyos menores accidentes expiábamos curiosos, agrupados ante la boca del horno, entonces pirámide de un Faraon volátil. Aquel llanto, como todos los que brotan en las grandes crisis de la vida, refrescó la piel del pavo; llegó hasta sus músculos haciendo de tibio rocío; dilató los tejidos, abrió los poros, y perfumó toda la economía del interesante gallináceo. Luego, como si el soplo aúreo de la hada de las riquezas hubiese caído sobre el pavo, comenzó a dorarse. Hubiera podido decirse que un sol naciente acariciaba con sus rayos al in-

quilino de aquel sarcófago candente. Despues, una bocanada de ese perfume que es la mirra del pavo asado, hirió nuestro olfato. ¡Cómo gozarian nuestros abuelos llevando judaizantes á la hoguera! ¡Cómo dilataria sus piadosas narices el tufillo de la carne herética asada á la lumbre viva!

Cada etapa que el pavo recorria en su glorioso calvario, era un arsenal de dichas; porque la esperanza de comer bien, constituye la mas hermosa de las esperanzas. Entonces el porvenir es positivo. No hay *x*, no hay incógnita; la dicha está allí, y sinó la tocamos es porque conviene aguardar á que esté asada. Se espera, porque se sabe que esperando se comerá mas y mejor. Ese es el secreto.

Por fin, terminó la grandiosa obra. Sobre blanco mantel sufrió el pavo la inteligente diseccion anatómica de Ferrandiz. Dividióse aquella unidad grasienta, y al ponerse en actividad nuestras potencias, el goce del placer presente endulzó las heces que en el alma dejan las desdichas pasadas; y los trozos de pavo sirviendo de peldaños á una especie de escala de Jacob; nos llevaron desde la dicha del momento al triste placer de los recuerdos, que son el pavo de los que han sido felices y se proponen volver á serlo.



EL CÓLERA MORBO ASIÁTICO

Anteanoche salí con calambres de la tertulia de doña Mónica Sauce-Blanche, distinguida viuda, procedente de una ganadería francesa, y aclimatada en Andalucía á beneficio de un amor, ya pretérito, especie de guano moral, que ha hecho de doña Mónica un frondoso ejemplar de la familia de las viudas verdes.

Doña Mónica recibe en un salon encarnado, una tertulia de *élite*. Dos señoras mayores; cuatro ó cinco jóvenes vestales con vestidos de granadina; un militar tuerto, que pasó el puente de Luchana en pós de Don Baldomero; un administrador de loterías, que siempre está echando ternos; un médico alópata; un par de literatos encuadernados en rústica; y hasta seis ú ocho personas más, de sexos y profesiones diferentes. Con estos elementos, la tertulia de dona Mónica suele ser un Congreso social las noches de gran entrada.

El día que se recibió el primer parte de la Agencia Fabra, anunciando la existencia del cólera en Tolon, el salón encarnado de doña Mónica tenía cierto tinte amarillo, como reflejado del terror de los contertulios. Las señoras mayores no hicieron más que entrar y salir toda la noche, adivinándose á la vuelta el objeto de sus peregrinaciones, en el desaliño de sus trajes. El militar tuerto parecía un cíclope atacado de tercianas; tan pálido estaba su rostro, y tan encendido su único ojo. La misma doña Mónica, disimulaba en vano su preocupación, sonriendo al cólera, que al fin venía de Francia, como quien saluda á un compatriota.

Por fin entró el médico y un suspiro de satisfacción se escapó de todos los pechos. Ya podía venir el cólera, seguro de encontrarse con quien luchara con él cuerpo á cuerpo, con quien, acaso, podría domarle, dejándole convertido de rayo exterminador, simple cólico vulgar y desaseado.

—¿Qué hay de cólera? ¿Cuántos casos han ocurrido? ¿Es fulminante? ¿Se queda una muy fea?—Tales fueron las preguntas que, á boca de jarro, recibió el Galeno de todos los lados de la cámara, como se dice en la jerga parlamentaria.

El interpelado se dignó dedicar al cólera, con tanto terror evocado, una sonrisa de desprecio; sacó de un bolsillo de su amplia levita, primero, un estuche de cirugía, después, hasta media docena de jeringas de formas complicadas, y por último, una petaca, y de la petaca un cigarro que encendió, arrojando con la primera bocanada de humo esta tranquilizadora bravata:

—Afortunadamente para el cólera, aun no se ha atrevido á asomar las narices por aquí; pueden ustedes estar tranquilos.

El militar se coloreó un poco; no mucho, hasta el tono de un albaricoque á medio madurar; las señoras mayores dejaron de apretarse el vientre; una corriente

de valor circuló por la sala, y doña Mónica encontró una excusa para el cólera de Tolon; se trataba de un cólera civilizado, nacido en un pueblo humanitario que no permite las corridas de toros.

—Renuncio, sin embargo, al pepino;—dijo una señorita morena.—El pepino á más de prosáico, es indigesto.

—Cómalo usted al natural, es decir, con cáscara y todo, y no le hará daño;—la contestó el lotero, que tiene recetas para todo, menos para conocer el billete que ha de alcanzar el premio gordo.

—Lo que debes procurar es, que no te dé el sereno;—añadió por vía de correctivo higiénico, la madre de la niña que acababa de renunciar al pepino y sus vanidades.—Desde esta noche le dices á Miguelito que no sales al balcon. Que venga a las doce del día.

—Eso es, y se enterará todo el mundo de lo que hablamos, y Miguelito cojerá un tabardillo.

—Ríase V. también del tabardillo;—dijo el médico, que por lo visto había llegado al desideratum de los vivos: suprimir la muerte.—Y siguió chupando su cigarro, con la impavidez de un hombre seguro de su valor.

Garantizada la existencia de Miguelito, terminó el incidente, y ese silencio que sigue á los diálogos animados, se apoderó de la tertulia. Entonces yo, que soy aprensivo, y que temo á las enfermedades porque teniendo más carne sensibilizada que el vulgo de las gentes, creo que he de sufrir mayores tormentos y agonías, me atreví á preguntar al médico:

—Pero, efectivamente ¿el cólera se cura?

Las miradas del Galeno, entonces, se animaron; tomó su rostro esa expresión iracunda que también sienta en los profetas que quieren imponer sus doctrinas; se aseguró en la silla, como el jinete que espera el choque de enemigo escuadrón; sus manos se crispa-

ron como para acometer al huesped del Ganges; y sin soltar el cigarro, mascullando las frases, y gesticulando como un poseido, gritó todo este parlamento:

—¿Que si se cura...? Hay algo mas, caballero. Se le destruye, se le burla, se le aniquila. La ciencia, es el atleta, que raja el leon; el arcángel, que ahuyenta al mónstruo; el dedo de un Dios poderoso, que traza en el espacio el encendido zing zag del rayo, y mata con una sola chispa de su ira. Riase usted, riase la humanidad entera, del alcanfor de Raspail, de los preparados de mercurio, de los brevajes de Le Roy, de las precauciones sanitarias, del aseo popular, de la desinfeccion, del cloro, de las atmósferas artificiales cargadas de carbono, de las reacciones provocadas *ad hoc*, de la profilaxis que predica ese Mr. Pasteur, de los efectos astringentes del láudano, de la dosimetría, de la homeopatía, de la alopatía, de todo lo que hasta aquí ha sido el *a, b, c*, patológico, enfrente de ese pobrecillo cólera morbo asiático, verdadera vibora á quien yo, sí, yo, he extraído su diente hueco cargado de veneno. Antes, llegaba la mortal dolencia con todo su terrible séquito. El cuerpo de la virgen, lo mismo que el de la ramera, el del varon fuerte lo mismo que el del tierno infante, eran presa de espasmos insufribles. Un fuego infernal se aposentaba en las entrañas de la víctima; el enfermo temblaba como un poseido; asco, sed, delirio, terror, fiebre ardorosa, frio letal, y angustias que el Dante no supo dar á sus atormentados de la *cittá dolente*, se mezclaban en infame colaboracion para acabar con la vida del atacado. Y como si eso no fuera bastante, porque el cólera, caballero, piensa y quiere, como si poseyera un cerebro universal todo lleno de ódio, añadía á los tormentos sérios algo cómico, algo caricaturesco, algo que deprime. Devoraba su victima, someténdola á un galope bestial, como si quisiera ablandarla por el procedimiento tártaro; pero tambien la ensuciaba an-

tes. La apoplejía que mata de un golpe, la tisis que aviva la llama de la inteligencia, el cáncer que busca las fuentes de la sangre para inficcionarlas; todas las enfermedades, en fin, que matan con decoro, que no economizan crueldad, pero que no degradan al paciente, son enemigos caballerescos, dignos de que los saludemos con la espada antes de comenzar el mortal combate. Pero el cólera, que trae las interminables deyecciones, como un calumniador trae el chiste grosero para enlodar á su víctima; el cólera, que quiere ser mortífero y súcio; el cólera, que es un verdugo que ahoga en un mar de cieno, que estrangula con una soga tosca; el cólera, que sienta á sus elegidos, no en el banquillo en que se sentaron la Mariana Pineda y otros ilustres ajusticiados, sinó en el vaso de noche, trono pestilente, en que se destila todo lo súcio que hay en la magestad humana; el cólera, que extrae la vida sobornando al piloro; que hace su vía triunfal del camino de las letrinas; que empuja al condenado, no hácia la roca Tarpeya, sinó hácia el retrete; ese cólera, ruin, que baña su puñal en materias fecales, en vez de bañarlo en el veneno perfumado de los Borgias, merecía que se le respondiera á la suciedad con la burla, al ataque nauseabundo con la zancadilla y el engaño, y yo he respondido así, caballerito. El cólera, como una sierpe á favor de sus anillos, se arrastra á beneficio del contagio; y como todo el que anda piensa, busca la humana oficina centro de la vitalidad, y que, sin embargo, puede alojarlo durante algunas horas sin producir la muerte instantánea. Por eso se instala en el estómago, y á la vez influye en el sistema nervioso, en la sangre, en el cerebro, en los pulmones, en el corazón, y en ese tubo intestinal dado al hombre para expeler el orgullo en forma que el olfato no me permite describir. Sorprendido el cubil de la fiera, la fiera no

tardará en ser también sorprendida. La observación, los síntomas, los efectos, el diagnóstico, me han dicho que el cólera no puede vivir más que en el estómago; que allí produce sus perturbaciones y que desde allí las reparte; que ni en el cerebro, ni en el corazón, ni en las extremidades, hay cólera, sino efectos del cólera localizado en el estómago. Pues bien; yo, partidario del *sublata causa, tollitus effectus*, digo en romance: muerto el perro, se acabó la rabia; extraigo á mis enfermos el estómago, y cuando llegue ese asqueroso cólera, tiene que irse á otra parte con la... diarrea. Créame V. caballero; mi sistema es el único remedio que se conoce contra el cólera.

.....

.....

Ni quise, ni pude, oír más. Salí, como he dicho, de la tertulia de doña Mónica, presa de horribles calambres, y ayer supe la verdad del caso.

El médico leyó un telegrama equivocado en que se decía que el cólera estaba en *Tolón* en vez de *Tolon*, y se había vuelto loco de miedo creyendo invadida la provincia de Málaga; que si es inhabitable y está infestada, no lo debe al cólera, á quien no conviene irritar con tan grave calumnia.

EN UN ÁLBUM

Aquí lo tengo, sobre la *mesa de pintado pino* que ordinariamente me sirve para emborronar estas cuartillas que son la riqueza imponible de donde yo saco mi presupuesto de ingresos; mesa espaciosa y sólida, que ha de sostenerme, dicho sea en sentido material y figurado, para que mejor se aprecie la resistencia del mueble y su inagotable fecundidad.

Es de rico papel marquilla, encuadernado en piel de Rusia, con broche de plata, caja, y camisa... de fuerza, para prevenir las injurias del tiempo y el probable desaseo de los hombres de génio que han de dejar huellas de su talento, pero no de sus dedos, en este recep-táculo de cosas sublimes.

Un amigo imprudente, de esos que toman con tanto gusto ingratos encargos, me lo ha traído de parte de no sé quien, que se declara mi admirador, y que

pide cortésmente que ponga yo *alguna cosita* en una de las pocas páginas que quedan sin esmaltar intelectualmente.

—Bueno, escribiré; pero deme V. tiempo; yo no soy repentista; además, las improvisaciones no salen bien, á no ser que se trate de pedirle cinco duros á un amigo, cosa que se debe hacer todo lo más de improviso que se pueda.

—El caso es que son las cinco de la tarde y tengo que llevar el álbum á un poeta indigena que come á esta hora, y que no encuentra consonantes más que despues de comer.

—Bueno, pues vaya V. á ver á ese que escribe con la barriga llena, y vuelva V. mañana.

—Mañana se llevan el álbum á Cómpeeta para recoger un autógrafo al *Chato de idem...* ¿Por que no me *pone V. cualquier cosita*, ahora?

Alzó los ojos, como para tomar al cielo por testigo de la violacion de que es objeto mi voluntad; cojo la pluma; el amigo se sonrie satisfecho, y abro el álbum.

Página primera; dedicatoria y alegoria: «A la bella y consecuente señorita doña Helena Particella y Gomez del Rincon, en testimonio fehaciente de amistad incorruptible.» No hay firma, pero sigue un ramo de pensamientos á la acuarela, que parece un manajo de flores cordiales.

Meditemos.

¿Por qué se ha de calumniar á esa bellissima flor, emblema de los recuerdos amorosos, y ornamento de una Naturaleza que derrocha el color, como hay quien dilapida sus sandeces?

Yo he visto pensamientos pintados, que parecian un ramillete de obleas; otros, que resultaban recortados en percalina de colores opácos; y muchos más, ya en forma de gotas de Valdepeñas, ya semejantes á las huellas de unos dedos poco escrupulosos en sus vi-

sitas á determinadas regiones del cuerpo humano.

Llamo la atencion de la autoridad local sobre estos delitos comunes, y sigo por el álbum adelante.

Primero vienen las composiciones serias de los hombres tambien serios.

Seis académicos, cuatro ex-ministros, un embajador con tienda abierta, es decir, con embajada á su cargo, y ocho ó diez poetas aplaudidos, firman con letra apénas inteligible, décimas, sonetos, redondillas, y pensamientos sueltos ó en plata menuda.

Como es de rigor, todos la toman con Helena, todos la ponen motes; unos se remontan al sitio de Troya, otros se quedan en el sitio, ó no salen de los alrededores históricos de la época presente; á algunos se le conoce la mala intencion con que han escrito, en que aluden repetidamente á los tesoros de nieve y fuego que *debe haber* mas abajo del blanco cuello de Helena; y otros más indolentes ó con ménos avios de escribir, escriben sobre el seno, ó en elogio del seno de la protagonista.

Un consecuente liberal y amante honesto de las letras, recurre á la musa popular que ha recogido la tradicion de las grandes y ejemplares catástrofes políticas, y escribe en caracteres de á dos rayas anchas de Iturzaeta:

Si Torrijos murió fusilado...

Es la nota democrática, que se agrega á aquella sinfonia de trozos escogidos.

De repente viene una página amarilla, dispuesta *ad hoc* para desahogo de artistas en brocha ó pintores de Historia manuable.

Es un dibujo al carbon, que no se puede ver sin estornudar. Tal fué la cantidad de polvo negro que gastó el artifice, que todavía hay allí cisco por valor de dos mil reales.

Prosigamos nuestras investigaciones.

Seccion de filósofos pesimistas: «La humanidad es la suma de lo horrible, hecha por el dedo rigido del ángel de mal.—Teodomiro Lopez» «El corazon humano es el pliego de papel de barbas, donde la fatalidad escribe con tinta china sus sentencias.—Bartolomé Ace-rico.» «El hombre se ha hecho para el presidio.—So-tero Alcubillas.» Y así sucesivamente, hasta que se les acaba la bilis á los pensadores de álbuns, que suelen estar de mal humor con muchisima frecuencia.

En la Naturaleza todo es vario, y todo es uno, ú otro. En los álbuns tambien domina la variedad en la unidad. Cada colaborador dá su contingente en la moneda que le es propia; y unidos, contribuyen á formar ese todo que se llama álbum, como podia llamarse depósito de secreciones espirituales, pongo por caso.

Versos, pensamientos, máximas, dibujos, pinturas y piezas musicales, se complementan y suceden en série interminable.

Detrás de los filósofos irascibles, se deslizan los músicos, en el papel pautado que á prevencion debe haber en todos los álbuns medio decentes, y de pronto leo: «A Helena, fandango á cuatro manos.» Muchas manos me parecen para un solo fandango; pero hay que respetar las exigencias musicales del autor, en obsequio del mejor éxito de la pieza.

Despues sigue «El Sereno,» nocturno lleno de carácter, para ejecutado despues de las once de una de esas noches de invierno en que caen chuzos de punta. El autor, para que todo sea misterioso, no ha querido firmar la composicion.

«Las golondrinas» de Becquer, no podian faltar puestas en solfa, en un álbum que se estima. Personas que han oido el pio, pio, de esta pieza que se saben de memoria todos los Arturitos, tenores de sala con alcoba que amenazan los conciertos caseros, me aseguran que inspira ódio á todos los pájaros, desde pavo para abajo.

Hago gracia al lector de un tango para negros de ambos sexos, de un bolero de salon con letra del *Fillo*, de una polka tranquila para sitios estrechos, de un wals brillante, titulado *Todos vértigos*, y de varias pe-teneras honestas, que contiene el álbum de Helena, y sigo buscando sitio donde colocar mi firma.

Cuando menos lo pensaba, me encuentro en el campo. He llegado á la seccion de paisajes, marinas y demás géneros de la pintura al aire libre.

En primer término, creo reconocer á dos vacas, que esta vez no puede decirse que estén hablando. Una aldeana con sombrero de copa, las ordeña. Perdida entre el follaje, se vé una casita recién blanqueada. El sol, con la lengua fuera, asoma tras un monte azul. Se advierte el calor que hace.

Busco frescas brisas en una marina que hay á la vuelta, y me encuentro con un sombrero de canal armado de bergantín. Las aguas son tan transparentes, que se pueden contar los jureles que hay á mil metros bajo el nivel del mar. El sombrero de canal echa humo; debe ser el vapor correo de Ceuta, que va á dejar á buen recaudo al autor de la marina.

Esta piutura inventada expresamente para los álbums, es muy fecunda. Cuando se mete V. en faena, se le van las horas pasando hojas consagradas por la mano del génio. Detrás de «Una erupcion del Vesubio á la luz de la luna,» que parece representar un cigarro del estanco ardiendo en un fondo de natillas, sigue la «Meditacion ante el heroismo del cadáver» que representa un perro pachon recostado sobre la tumba de un miliciano nacional; y tras estos *chef d'œuvres* se suceden paisajes de Suiza con vacas de pié forzado, campiñas sembradas de hortalizas, rios con espuma de algodón en rama y puentes tuertos ó de un solo ojo, céspedes de yesca con cabras charoladas y chivos de barba corrida; y otra porcion de portentos, admirables

aperitivos del idilio, que convidan á la poesía pastoril ó bucólica.

El álbum de Helena tocaba á su fin; mi amigo, impaciente por ir á recoger la inspiracion del consabido poeta de sobremesa, me apremiaba. Busqué la última página para depositar en ella mi óbolo, y me la encontré ocupada por un génio modesto, que habia estampado su firma al pié de esta evangélica maxima: «El que quiera ser el primero que sea el último —Crispin Contrafuerte;» y tuve que resignarme á formar entre un romántico que olia á opoponax, y un realista que olia á ajos crudos.

Mojé la pluma, escribí rápidamente, firmé y rubriqué, coloqué el secante sobre lo escrito, y respiré con satisfacción, como quien se quita un peso de encima.

Despues he sabido que mi autógrafo decia así:

«Quisiera poseer el desenfado literario de Zola, para *mentar la madre* á las Helenas que me envian sus álbums, sin hacerlos preceder de un billete de 50 duros.»

EL CARNERO

Es un animal privilegiado —mejorando á los que usted profese mayores simpatías—y ha merecido figurar en el Zodíaco en clase de signo cornudo—salvase la parte,—en la industria lanera como materia prima, y en las cocinas europeas asado, con chicharos, y en variedad de metros.

En este momento histórico, algunos cientos de millares de carneros balan al ária final en toda Andalucía y otras provincias del orbe cristiano, que se desquita de las flatulencias y sobriedad de la cuaresma devorando *gigots* con apetito espoleado por las privaciones.

Ser carnero en cualquier otra época del año, siempre es grave, porque quien nace para ser comido nunca se puede considerar seguro mientras no esté putrefacto; pero ser carnero en Pascua de resurreccion, en

esta época feliz en que la Naturaleza toma alientos para hacer su entrada en el verano con el mayor lujo posible de brisas perfumadas, de flores brillantes de color, y de alguna que otra congestión, es arriesgadísimo.

Primero en el redil, que es el presidio del ganado lanar; luego, en casa del inocente pàrvulo que se esmera en coser à las guedejas modestas del carnero un centenar de escarpelas, cintas, lazos y moños llamativos, pero que lo conserva atado por los cuernos en humillante señal de servidumbre; mäs tarde en esa perpétua calle de la Amargura, que el carnero recorre cien veces antes de morir, siguiendo à su dueño al campo, viéndose en libertad sin estarlo realmente, presintiendo la proximidad de la oveja, sin poder recitarla al oído el poema de amor que la primavera escribe en todos los corazones, aun en los mäs acarnerados, contemplando con la tristeza del recluso los riscos escarpados que el carnero escalaría àgil y familiarizado con el abismo, sinó le retuviera el dogal; despues la fria hoja de acerada cuchilla que corta en su garganta aliento, quejas, y arterias; y por último, la sarten, el puchero, el horno...!

Apesar de estos dramas de la zalea, es preciso que haya carneros; la humanidad los necesita como un desahogo moral y material—dicho sea sin segunda intención, y sin agraviar à nadie.—¿Qué bailarina se prestaría, por muy bien que estuviese de piernas, à facilitarlas con destino al horno? ¿Qué persona medio regular ha de allanarse à que la paseen por esas calles con el chaquet bordado de escarpelas llamativas, y conducida à remolque por la cuerda ya mencionada, que arranca de las armas defensivas del carnero, y que en el hombre arrancaría no quiero saber de dónde?

¡Ah! señores—como dicen los oradores premiosos para dar tiempo à que se les infle de nuevo la exausta

vegiga de la elocuencia.—Pueblos idólatras deificaron en remotas edades toda suerte de animales; veneremos nosotros al carnero que nos dá de comer, y nos ahorra la dolorosa tarea de tener que sustituirlo con individuos de nuestra propia familia.

Prescindiendo de las cualidades que hacen del carnero una persona decente en el mundo de la cocina, posee infinitas prendas—sin mentar la chaqueta natural que para sí quisieran algunos desheredados del sastre—que le enaltescen y avaloran.

El carnero es dulce, apacible, resignado como un contribuyente; sus ojos tienen la espresion que en vano quieren dar á los suyos algunas poetisas inflamadas por el fuego voraz y delicioso del amor, que en las poetisas es mas grave por que llueve sobre mojado, ya que el amor consiste en buscar un consonante de otro sexo y ellas los persiguen con la constancia que nosotros los que vivimos en prosa perseguimos un duro. En la garganta del carnero hay dulces acentos que para sí quisieran mas de cuatro baritonos peseteros de los que ahora se llaman notabilidades. El carnero es la docilidad resignada que sigue á su dueño, sin iniciativa propia sí, pero constante y sumiso; el perro se permite ir y venir, ladrar alegre en torno de su compañía, alejarse, entretenerse en conferenciar por medio del olfato con los perros y perras que se atraviesan en su camino, y en dejar tarjetas de visita en los umbrales de las casas donde viven sus conocidos y conocidas; pero el carnero, aceptando la obediencia como un hecho fatal que se impone, ni bala, ni come, ni enamora; anda y anda con la gentil y armada cabeza casi entre las piernas de su amo, que se lo comerá el dia menos pensado en pago de tanta sumision.

Lo que el padre Didon ha dicho recientemente de los alemanes, puede decirse de los carneros,—mejorando á los alemanes, que al fin y al cabo usan un idioma

algo más inteligible que los seres de lanas que hoy me ocupan;—à saber, que han sido hechos para la obediencia y que poseen una envidiable cohesion en sus aspiraciones nacionales. Por donde se eche un carnero seguirá todo el rebaño, así se componga de tres como de trescientos mil ciudadanos. Si la milicia nacional poseyera este hábito de la cohesion que hace de los ejércitos avalanchas y de las naciones cuerpos perfectamente sólidos, los progresistas españoles tendrían derecho à la estàtua como inventores de carneros liberales útiles é irresistibles.

Un *gourmet* desconocido del pasado, dejó escrita la apología gastronómica del carnero en esta frase: de la mar el mero y de la tierra el carnero; asociando al nombre de nuestro héroe el de un pez modesto, sin duda por la fuerza del consonante. No hay pues que buscar rivales al carnero en la fauna comestible, por que los siglos han venido adjudicándole el premio de honor en el eterno certámen culinario.

¡Qué aroma, que delicadeza, que ternura, que jugos, los de una pierna de carnero adulto ó párvulo, segun los gustos de cada consumidor!

Después de acariciada por la llama, después de animada por la pimienta,—que es en todo condimento como el epigrama en la conversacion—después de perfumada por otras especias, la carne de carnero conserva su sabor *sui generis*, permanece fiel à su manera de ser, y ni aspira confundirse con la ternera, ni se rebaja à pasar por buey. El Sr. Pi y Margall debería invertir estas Pascuas en hacer ensayos de asados con destino à perfeccionar su libro *Las Nacionalidades*.

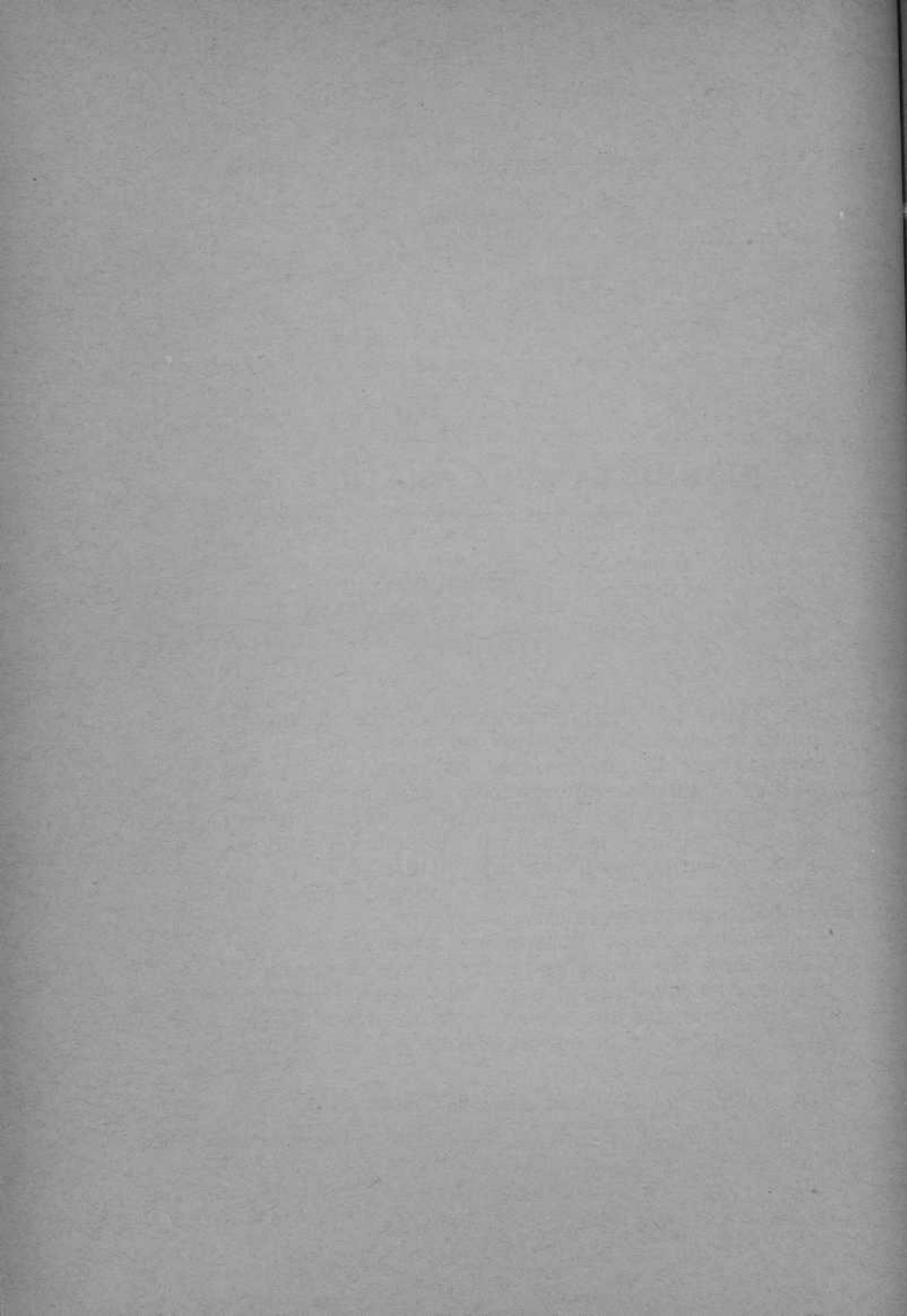
Cuando el pueblo andaluz se resigna à vestirse con las ropas cuyo diseño viene de Francia ó de Inglaterra; cuando se impone la confusion que vá borrando usos, costumbres y diferencias indumentarias, consuela ver al carnero, como Chateaubriand, consecuente con él

mismo. Nací carnero,—dirá en su lengua que no tiene más que una letra consonante, la *b*—y carnero permancezco despues de asado, sin perder el humillo de raza que es la divina marca de fábrica trasmisible á mis herederos, como las pensiones por cruces de San Fernando que algunos generales se han agenciado á fuerza de ingenio y de victorias escritas en papel de oficios, que parecen reseñadas por esa musa portuguesa que cuenta los caballos por piés y los céntimos de peseta por millones de reis.

A estas horas en que las campanas suenan alegres, y como acometidas por la locura del ruido en tres dias de forzado silencio, hacen su entrada en el hogar doméstico multitud de carneros atados de piés y manos, entre el tiroteo de algunos indigenas misticos que corren la pólvora, el estruendoso resonar de almirez, los cánticos de júbilo con que la iglesia saluda al Resucitado, y los vapores del incienso que acompañan al cielo á El que tanto sufrió aquí en la tierra.

Pero la humanidad obediente al impulso de sus pasiones, apártase un instante del concierto de la religiosa alegría, y hundiéndole en el vellon la investigadora mano, se informa de si la victima que se le entra por las puertas viene bien de carnes.

Corramos un velo de grasa sobre este detalle de la glotonería universal; y puesto que la costumbre hace leyes y el apetito las *draconiza*—si el verbo no parece muy atrevido,—dediquémonos á dar sepultura eclesiástica, hasta cierto punto, al animal de moda, deplorando que por una cicatería, imperdonable en la Naturaleza á quien suele con error llamarse pródiga, el carnero no tenga las proporciones del antediluviano megaterio y tantas unidades de locomocion como el ciento-piés.



JUAN DE LA CRUZ ASIÁTICO (1)

—Tu has de salir, alguna vez, en letras de molde, Juan; tu harás carrera, Confucio subalterno; tu eres más que un chino, tu eres casi un bloque de finísimo mármol, y sabido es que en toda piedra hay una estatua, pronta á brotar, como el Universo del caos, bajo el cincel del artista;—así decia yo, glosando mi admiración y mi cariño, en trozos más ó menos líricos, en broma ó en sério, al bueno, al excelente sujeto, cuyo nombre sirve de epigrafe á este capítulo.

Juan de la Cruz es mi recuerdo grato del presidio; á su lealtad debí servicios que solo paga el agradecimiento; á su cariñosa solicitud, debo aun y deberé de por vida, cuidados que solo se encuentran en el seno de la familia; á sus manos de artista y á sus talentos

(1) Del libro inédito «Catorce meses en Ceuta.»

de doctor en la ciencia de Brillat-Savarin, debe mi paladar las más dulces sensaciones. El velaba mi sueño, y era mastin en la fidelidad y en la inteligencia; raposa en las artes del disimulo y de la astucia; leon en la acometividad, y en el valor; ardilla, en la ágil movilidad, que él traducía en hechos prácticos y útiles. Al fastidioso é importuno que llegaba á mi puerta, despedíalo Juan con la diplomática sequedad que no admite comentarios; al agresivo, enseñábale los dientes; al que iba á llevar algo, le ofrecía una silla, lo colmaba de orientales elogios, le cepillaba el gaban, y tales eran su habilidad y sus finezas que las visitas agradables volvian, y las fastidiosas no pisaban dos veces mis umbrales.

Juan sabia hacer sombreros de finisimo tegido de palma; cosía como una modista francesa; lavaba, como una Maritornes dotada de inteligencia; planchaba, como una artista en almidon con nota de sobresaliente; tenia en sus manos el secreto de que la ropa pareciese eternamente flamante; y daba á un duro más vueltas útiles y provechosas, bajo el punto de vista de la economía doméstica, que la más ahorrativa madre de familia. ¡Que diálogos los de Juan, con los moros vendedores de perdices, y *otras hortalizas!* Aquellos dos representantes de la astucia oriental, hubieran hecho las delicias de nuestro público, si se pudieran sacar á escena en una pieza cómica. No se dió caso en que Juan de la Cruz no venciera á la media luna en sus transacciones comerciales; siempre se trajo él á casa la perdiz más gorda, y el moro se llevó á su aduar la peseta más falsa. Y sobre todas estas cualidades inapreciables, sobre su lealtad, sobre su discrecion, sobre su desinterés, sobre sus virtudes domésticas, Juan de la Cruz poseía la cualidad de ser el cocinero y repostero más notable de su tiempo. Parecíame mentira que la ciencia de guisar diera tanto de sí; pero cuando Juan entraba en

la cátedra, y allí, cerca del fogón, semejante á la sibila sobre el trípode, descubria los más remotos horizontes de la culinaria, preciso era rendirse á la evidencia.

Como esos eminentes artistas del sonido que arrancan á la madera y á la cuerda inanimadas, armonías celestiales, no escritas ni compuestas hasta entonces, Juan improvisaba ante el fogón. Un rumor de la fronda, un insignificante canto popular, que hasta aquel momento corrió desapercibido, bastan á esos géneos de la armonía para labrar los cimientos de su inmortalidad. A Juan, lo mismo, bastábale un pretexto para hacer un manjar digno de los dioses. ¡Oh! si Lúculo hubiera sido inspector de trabajos del presidio de Ceuta, Juan de la Cruz Asiático ocuparía á estas horas algunos metros en la Historia; y digo metros, por que figuras como la de Juan, no caben en líneas menos extensas.

Su arte poseía poéticas remembranzas de la elegancia pagana que creó los calados festones de que están llenas las estancias de la Alhambra; propendía un poco á lo fantástico; hacia versos, comestibles, y su bello ideal consistía en que los platos que *daba á luz* con fecundidad pasmosa, no despertaran jamas la idea del cólico.

El jabalí, recio, pesado, material, de que tan abundante es el mercado de Ceuta, proporcionaba á Juan de la Cruz inagotables argumentos para sus odas magras; pero el jabalí, que entraba en la cocina como un trozo de materia vil, pronta á transformarse en eso que llamaremos *quimo* para proceder con todo aseo, transfigurábase al salir á la mesa en nutritiva filigrana que iba apoderándose de la voluntad por medio de lo gracioso de la forma, siguiendo, sin duda, aquel sábio precepto que dispone que lo que ha de entrar por la boca debe entrar primero por los ojos; máxima del buen gusto gastronómico, que envuelve un sábio principio hi-

giénico, de origen chino, á no dudar, cuando Juan de la Cruz lo practicaba tan concienzudamente.

Dibujaba mi asiático con el cuchillo y demás herramientas propias del sacerdocio culinario, más que Gustavo Doré con su fantástico lapiz; su secreto y su aspiración, eran la sorpresa; en términos, que en el fondo de sus cacerolas había verdaderos paisajes japoneses en vez de manjares. De una pierna de carnero, hacia un pez de extravagantes formas; de un pollo cebon, que él cuidaba en vida con esmero, penetrado de los altos destinos que á todo pollo incumben en una sociedad civilizada, sacaba el mismo partido que se puede sacar de la gota de cristal fundido, pronto á tomar todas las formas, bajo el aliento de artistas venecianos y bohemios. Tenia sin embargo, un gran defecto, de que se curó á influjos de mis consejos: propendia á abusar de los dulces, como acostumbrado á halagar los paladares cubanos, golosos por excelencia, hasta poner azúcar en el pocillo de chocolate; pero cuando yo le hice comprender la gran distancia que media entre las golosinas y la gastronomía filosofal, se hizo un cocinero sério, y abandonó las aberraciones en que hicieron caer á su musa criollas y criollos, tan dados á chucherías.

Juan de la Cruz Asiático, era una perla arrastrada por cenagosas corrientes. Faltábale el buzo que bajara á recogerla, y ese buzo fui yo. Por mí salió del triste recinto de Ceuta, acompañando al entonces director general de Establecimientos penales Sr. D. Federico Villalba, que le tomó á su servicio cuando hubo sabido la alta estima en que yo tenia la habilidad del buen hijo del sol. Por mí fué á la corte de las Españas, en calidad de cocinero jefe de aquel elevado funcionario y periodista de *primitissimo cartello*; por mí consiguió que se le levantase la retención, cláusula que daba á sus diez años de cadena una duración discrecional; y por

mi vive hoy en Madrid dedicado al comercio de frutas. De vez en cuando me escribe bellisimas cartas cubiertas de garrapatos, que yo descifro á duras penas, y es seguro que á estas horas tiene el chino ex-presidario más dinero que su antiguo y primitivo amo, y es más feliz que este desdichado que parece de buen humor al trazar la biografía del que fué 14 meses su cocinero honorario. La suerte tiene esos sensibles errores geográficos: mientras á Juan de la Cruz lo trata como á europeo y cristiano, á mi me sigue tratando como á un chino.

Advierto en este instante, que no he hecho á ustedes la presentacion fisica de mi chino, y me apresuro á subsanar este olvido.

Juan de la Cruz, podria tener veinte y cuatro años, cuando yo le conocí, sino tenia cuarenta, por que es muy difícil apreciar la edad de esos asiáticos lampiños, que parecen eternos adolescentes decrepitos.

Era alto, delgado, desgarbado, lacio; pero ágil y de simpático aspecto; sus ojos un poco oblicuos, tenían esa expresion atractiva que engendra la simpatia. Su pelo era azul de puro negro, espeso, lustroso, fino y sumamente fuerte. Juan se reia de la mejor gana, enseñando dos hileras de dientes ¡oh! decepcion! oscurisimos y súcios en demasia.

Era además, miope, como las poetisas y los sábios; su vigor fisico dejaba algo que desear; parecia anémico; y pensando piadosamente, cuando me pedia permiso para ir á ver á sus compatriotas del Serrallo ó de Jadú, volvía más fatigado de lo que exigir pudiera la caminata. Indudablemente, Juan no sabia una palabra de dos ciudades que ardieron en los dias biblicos, ó estaba asegurado de incendios.

No obstante su nariz ligeramente aplastada desde la parte media hasta la base, la fisonomía de Juan de la Cruz era inteligente y noble, y contrastaba con las

caras de otros chinos, peor construidos, que tenían verdaderas caras de reptiles. Sin duda Juan había sido hecho de verdadera porcelana china, mientras sus paisanos eran de pedernal.

Tenia una aversión profunda á los muchachos, que le parecían capaces de todas las maldades; y una regular dosis de desprecio para los bárbaros europeos, incapaces de apreciar las armonías felinas de la lengua en que escribió Confucio sus libros inmortales.

¿Cómo pude yo sustraerme al odio y al desprecio de Juan, y tornar en dulces afectos hacia mi persona sus prevenciones de raza? Muy fácilmente; no mortificando jamás su vanidad de chino, que era superior á toda la soberbia vana de un ejército de pavos reales; no humillando en ninguna ocasion al hombre ni al *artista* en comestibles. ¿Cometía Juan una falta? pues mis reprimendas habían de comenzar por una série de elogios de sus talentos y virtudes, para acabar por exponerle la enormidad de su delito.—¿Cómo—decíale yo derrochando los ditirambos—un hombre superior como Juan de la Cruz Asiático, natural de... de...—¿de dónde eres, Juan?—De... (aquí sonaban seis ó siete ff, cuatro ó cinco tt, diez nn y las hh necesarias para remedar un resoplido nasal, y resultaba el pueblo.)—Bien, de ese hermoso y privilegiado pueblo, se permite quedarse dormido, mientras su amo tiene que esperar en la puerta á que el eminente cocinero, y honrado ayuda de cámara despierte y quiera bajar á abrirle? ¿Cómo un inspirado y sábio mayordomo, tolera que los botillos estén sin embetunar?—De estas aduladoras filipicas, Juan tomaba íntegra la parte de los elogios, sonriéndose satisfecho, como quien dice:—Es justicia, caballero; y el resto, las censuras, la verdadera regañuza, lo dejaba á favor de un confinado, negro de la Martinica, gordo y reluciente como una bola de ébano

pulimentado, que por allí andaba formando parte de mi numerosa servidumbre.

No exajero; hay tal dosis de soberbia en los asiáticos, que fácilmente se les conquista ó se les arrastra al crimen, deprimiendo su dignidad ó panegirizando sus méritos y talentos, muchas veces negativos.

Llamar imbécil, estúpido ó animal, á un chino, es atraerse el rayo de la venganza, por que su rencor no perdona y anda siempre ojo avizor hasta que se satisface. Por el contrario, nada más fácil que conquistar un esclavo amarillo con un adjetivo honroso, ó una frase de admiracion. No exajeran, pues, los relatos de los viajeros, que pintan á esos hombres del extremo oriente, ceremoniosos y pagados de sí mismos hasta un extremo risible.

Su urbanidad es empalagosa, porque busca la reciprocidad del elogio y de la consideracion. Gústales llamar al vecino hijo del sol, para que el vecino les llame padres de todo el sistema planetario. Y como todo esto cuesta muy poco dinero, Juan de la Cruz Asiático me salia de balde con solo adularlo, en bromas que él, de seguro, iba escribiendo en sus memorias intimas, para entregarlas á la prensa de su país á guisa de reclamo, como hay industriales europeos que asocian el parecer encomiástico de Pío IX al exito de la Revalenta arábiga.

¿Cómo habia llegado á Ceuta condenado á presidio, un súbdito del Emperador de China, un hombre que vestia en su país trajes de erugiente seda y guerreras mallas, como opulento y noble que decia ser?

La Historia habrá de adolecer perpétuamente de una sensible deficiencia en particular de tanta monta, pues nunca pude averiguar de una manera exacta la region del dilatado imperio chino de donde era nativo Juan de la Cruz, y solo sé que vivía en una gran ciudad del interior; que emigró á San Francisco de Ca-

lifornia, tal vez expulsado por algun crimen, quizás perseguido por enemigo bando político; y que de allí pasó á la Habana, casi en esclavitud, contratado para trabajar en los campos, en la industria ó en la domesticidad.

Ya en la Habana, Juan echó de menos la patria y se volvió taciturno y cruel. Una noche dormian en la extensa cámara, alojamiento de la servidumbre del gran hotel donde Juan era cocinero jefe, veinte ó treinta chinos. De pronto sonaron golpes y lamentos, y á poco una voz comenzó á decir en español putrefacto:— ¡Juan de la Cruz m' matá! ¡Juan de la Cruz m' matá! — Oyólo el aludido que dormía bastante lejos del lugar del suceso, y no dió importancia á la acusacion; pero como las voces del herido continuaban, y le impedian reanudar el sueño—¡este detalle espanta y espantaba más aun referido entre carcajadas por el autor del crimen!—Juan de la Cruz se levantó, cogió una gran piedra y con ella machacó el cráneo del herido, hasta que la muerte le hizo callar. Despues, seguro de dormir sin molestias, se volvió á su cama, de donde le sacó la policia para la cárcel. Diez años de cadena con retencion que le impuso la Audiencia pretorial de la Habana, costaron á mi chino sus deseos de dormir tranquilo una noche, y su antojo de matar para no ser acusado de homicidio.

La personalidad filosófica y religiosa de mi cocinero, permaneció siempre en el misterio, y resistió todas mis investigaciones. Juan de la Cruz era oficialmente cristiano, puesto que llevaba el nombre de un santo del calendario romano; pero no habia entrado, ni por curiosidad en la iglesia católica. Unos señores á quienes sirvió en la Habana, le habian bautizado para españolizarle en lo posible, pero aquella agua bautismal resbalando por la cabeza china del catecúmeno, ni lavó el pecado original, ni la reblandeció lo suficiente para

que penetrase el dogma al cerebro, seccion de creencias, negociado de fé religiosa. Juan tenia, pues, una corteza católica; pero escarbando un poco, aparecia el pagano Tuchú ó Pain-gu, ó Tsing ó Chindun; que nunca supe pronunciar, ni menos escribir, el nombre indígena de Juan de la Cruz Asiático.

¿Qué pensaba, que creia, que adoraba mi cocinero, cuando era persona de viso en su tierra? ¿A quién daba gracias despues de comer su arroz, y de beber su té? Hé aquí otro problema intrincado, que no he podido resolver por culpa de mi ignorancia en punto á teogonias indo-chinas y ultra-orientales. Juan me hablaba de un ser que era la representacion del principio del bien; el que habia dado á los hombres las cosas más útiles, como los instrumentos de labranza, el conocimiento de las plantas, los grandes inventos industriales, y hasta un catecismo, especie de inventario en que iban apuntadas las acciones buenas y los pecados; todo en chino, se entiende. Esto sucedia en los albores del tiempo, cuando no existia más tierra que China, y todo lo demás del universo era embrionario, una especie de feto de cósmo, que Juan no me esplicaba bien, ni yo entendia de ningun modo. El mito del bien fué sacrificado por el mito del mal, una especie de diablo más temible que el cornudo diablo que nosotros usamos, puesto que vive en el corazon de los chinos perversos, y solo toma formas tangibles cuando quiere regalarse haciendo daño personalmente. Las demás diabluras las deja á cargo de los hombres ó de los chinos, sin duda para no gastar su virtud dañina en pequeñeces. Afortunadamente, la madre del génio del bien pudo sustraerse á la maldad del génio de lo perverso, refugiándose en la cima de la más alta montaña de China, y desde la region de las nieves perpétuas lloró tanto y tan amargamente, que se inundó la tierra formándose los mares. Tal es la poética tradicion que

reemplaza, en el génesis chino, á la época en que fué inundada la superficie terráquea por los vapores condensados en la atmósfera. Una madre que llora por su hijo muerto, fundiendo con sus ardientes lágrimas las nieves eternas, y dejando en la inmensa laguna salada del mar, perenne testimonio de la amargura y de la cuantía de su llanto, y en las tempestades del océano, recuerdo débil, apesar de la fiereza de las olas, de las tempestades del alma...! El asunto es bonito, y resulta más bello aun, si se tiene presente que procede de poetas míticos, tan feos como los chinos.

En la colonia asiática de Ceuta, Juan de la Cruz descollaba por su elegancia y por su ilustracion. Vestia de negro á diferencia de casi todos los demás chinos, súcios y andrajosos, y veíale yo complacido cuando le pedía noticias de las cosas de su país. Una noche volvi del «Casino Africano» y Juan no acudió á servirme la cena. Por la mañana, cuando se entreabrió la puerta de mi cuarto y asomó la cabeza de mi chino, preguntando como de costumbre:—¿Mi amo está rumí...—(¿Está V. dormido, mi amo?) le enderecé la acostumbrada catilinaria llena de elogios y apóstrofes entretregidos, porque yo no olvidaba nunca la frialdad y facilidad con que habia machacado Juan la cabeza á un compatriota que no le dejaba dormir.—Parece imposible—le dije—que un hombre superior, un chino de cuerpo entero, un criado modelo que quiere y respeta á su amo, se ausente de casa sin servirme la cena; Juan, de tu inmenso talento espero, que no te vayas á picos pardos con escandalosa frecuencia, impropia de tu respetabilidad.

Juan entonces, hinchándose como un sapo, bajo aquella lluvia de lisonjas, me confesó que sus aficiones literarias le habian hecho faltar á sus deberes, y que la pasada noche estuvo en el extremo de una comedia china, de que era autor y actor. Mudo de asombro que-

dé al saber que Juan manejaba la espumadera, se calzaba el coturno, y escribía comedias con multiplicidad de talentos que no se comprendían alojados en aquella cabeza larga y deprimida; y quise ver, al momento, los originales de la pieza estrenada, con extraordinario éxito, según supe después. ¡Horrible decepción! la comedia estaba escrita en caracteres chinos, y sus tres actos cogían en una cuartilla larga y estrecha, pegada á una tablita que el autor conservaba en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Léeme eso, Juan; léeme eso, Lope de Vega de color de aceituna; yo te lo suplico.

Y Juan comenzó á leer, mejor dicho, á recitar el argumento de la comedia, traducido al castellano aterrador que usaba para andar por casa. La pieza era cómica, eminentemente cómica, y del sub-género que llaman *verde* los públicos occidentales. Un chino, se había casado con una china que conservaba íntegro ese misterioso velo que se llama buena reputación. A la mañana siguiente á la boda, en que comenzaba la acción de la comedia, los amigos del recién casado acudían á felicitarle, y á beberse una copa de *Perfecto amor*, sin duda, en obsequio del feliz suceso. Preguntaban por la ex-señorita X, ya señora H, y ésta ¡grave infracción de la etiqueta! no estaba en casa. El marido reciente explicaba la ausencia, diciendo que su mujer había ido al teatro, y allí concluía el primer acto, y su primer día de casado. Acto segundo: los mismos amigos, y otros más, atraídos por la murmuración, vuelven á casa del marido, con el mismo propósito de enterarse de como le vá á un chino en el momento de romper la envoltura de ese misterioso pliego cerrado y lacrado del matrimonio, que puede guardar una letra de cambio por muchos millones de felicidad y una sentencia infamante. El marido, riendo y satisfecho agra-

decía la visita en frases que denunciaban á tiro de ballesta al hombre más digno de ser chino de toda la creacion, y participaba á los visitantes, que, ¡coincidencia rarísima! su mujer no estaba tampoco en casa, por que habia ido al teatro. Volvian á salir los chinos ahogando sus maliciosas risas, y el telon caía. Acto tercero: nueva aparicion de los cariñosos amigos de la antevíspera y de la vispera, con el ya crónico objeto de felicitar á los esposos. El marido sale repartiendo sonrisas y genuflexiones cortésas y ceremoniosas; la felicidad, la hombría de bien y la confianza, se retratan en su semblante; él agradece mucho aquella tercera visita, pero su mujer no puede ser partícipe de tan delicada y persistente muestra de atencion, por qué... está, tambien, como los dias anteriores, en el teatro. Estallan las risas; los amigos salen diciendo ¡asta la vista! el marido persiste en su bonachona conformidad, y cae el telon poniendo fin al acto y á la comedia.

Juan leyó su obra, sin poder apenas contener las carcajadas. Sin duda la obra literaria de mi cocinero, era un *colmo* chino, el *colmo* del epigrama. Yo me quedé absorto; primero, por que no me explicaba como una dosis tan pequeña de malicia, podia excitar á hombres pervertidos, que debian necesitar más mostaza literaria para que les hormigueara la lengua; despues, porque un papel de pocas pulgadas de superficie contenia lectura suficiente para invertir dos horas largas. ¿Serán taquigráficos los caractéres chinos? ¿Será el pudor asiático más exquisito que el pudor europeo? En nuestra escena se necesita, para excitar al auditorio, que el adulterio se consume casi á su vista; mientras en una comedia china, basta y sobra con que un marido esté en ridículo, para que asome la punta del argumento.

Además, yo no pude averiguar bien la base del chiste, ni el significado del epigrama de la comedia de

Juan de la Cruz, que estaba más orgulloso de su obra que de todos los bistecs que habia cometido en su vida.

Los chinos, á quienes pregunté despues por el éxito de la famosa comedia, no podian contener la risa, apenas hablábamos del asunto; pero nunca pude poner en claro la moraleja. ¿Se burlaba el autor, de los maridos que dejan salir solas á sus mujeres? ¿Quería demostrar que cuando la mujer no encuentra en casa una temperatura erótica suficientemente elevada, puede y debe ir en busca del sol que más calienta? ¿Era un pretexto la ausencia de la desposada china, para combatir la presencia de testigos importunos en las bodas, é introducir en la lirica amatoria la supresion del coro, para que el duo resultara más cómodo? ¿Acaso se propuso el poeta demostrar la fragilidad del honor marital, que no puede resistir una puya, ni en China, donde todo debe ser más duro? Prefiero hacer juegos malabares con todas estas hipótesis á investigar la verdad, temeroso de que, como bajo todos los apólogos y alegorías, haya una necedad bajo el argumento de la comedia de mi chino.

Esta especie de honesto *Canto á Teresa* de mi poema presidencial, pude muy bien suprimirlo, y ha podido saltarlo el lector. No tengo, al escribirlo la pretension de trazar un acabado estudio de ese tipo interesante que se puede llamar el chino confinado; ni la de indicar á los muchos Excelentísimos señores Ministros de la Gobernacion, que han de ser desde ahora hasta que este libro se apolille, las inconveniencias de ir depositando en España la emigracion asiática, pasándola previamente por esa sentina asquerosa de nuestros presidios, afrenta de la civilizacion. Debía gratitud á un pobre muchacho que guisa bien, y el estómago, ese tirano que impone su voluntad á Herodoto y al último memorialista, y que se venga de los desobedientes por medio de las dispepsias, dijome á voces un dia de gran ape-

tito: ¿Y Juan de la Cruz? Si tuvieras á tu devocion aquellas manos, cuyas caricias recuerdo aun con enterrecimiento; si las deshuesadas aves que él modelaba como un Phidias, cubriéndolas de trasparente gelatina, semejante á la gasa que el deseo tiende sobre lo que apetece, no hubiesen volado de tu despensa; si aquel gran redactor de salsas no te hubiese abandonado por más prosáica ocupacion, á estas horas estaríamos tú, ante el altar cien veces sacro que los hombres llaman mesa de comedor; él, más cerca de la inmortalidad; yo, en las fronteras de la dicha.

Cogi entonces la pluma, y derramando lágrimas de verdadera *sauce hollandaise*, he trazado este capitulo, casi ajeno á la indole del libro, pero, en realidad, resúmen y compendio de mis impresiones y recuerdos más gratos.

Deja, pues, que te lo ofrezca y dedique ¡oh! Juan de la Cruz, como el *puré* de mis simpatías; que la amistad, como las trufas, tiene tambien su perfume que no pueden borrar el tiempo ni la distancia.

COSAS QUE FUERON

—¡Qué rica estaba la chuleta de anoche!

—¿Estará en punto la chuleta de mañana?

Sobre estos dos polos; gira la felicidad del hombre y de la mujer que nos hace el duo en la zarzuela de la vida, variando el simil á gusto del consumidor.

Ayer es uno de los polos, *mañana* el otro; *hoy* es el eje que los une; por eso decimos cuando la adversidad presente nos combate: estoy partido por el eje.

Ayer, hoy, mañana; tres puntos son de la línea rec-ta que nos conduce al sepulcro, usando una figura pro-pia de nuestros más fúnebres poetas.

Hoy me he levantado filósofo sin saberlo, como hay quien se levanta imbécil todo el año y no lo advierte aunque se lo digan los amigos.

La filosofía no es tan útil para desayunarse, como el chocolate de la Riojana, pero es mucho mas barata,

y está al alcance de todas las fortunas intelectuales. Filosofemos, pues, á falta de operacion mas nutritiva.

Hablaba del pasado, del presente y del porvenir; del recuerdo de la actualidad, de la esperanza.

El presente es materialista, brutalmente materialista; el porvenir es la eterna esfinge, el perenne problema, lo desconocido, por mas que andan por ahí muchas gentes convencidas de que su porvenir está en la cárcel; el pasado hace las veces de bálsamo tranquilo para las heridas del alma, envejece las deudas, momifica los dolores, y conserva en una especie de salmuera psicológica, el recuerdo de la dicha que pasó.

Al porvenir acompaña siempre la incertidumbre; lo que no ha sido, es una hipótesis; lo que fué, es un hecho sumergido en la dulce penumbra del recuerdo; lo que es, deslumbra y fatiga por demasiado rudo.

Recordemos la infancia. De esas celdas misteriosas en que el cerébro guarda la memoria, no sale el recuerdo de los azotes, ni el de los ayunos forzados en el calabozo del colegio. Salen sí, la deliciosa escapada al campo, el caballo de tamaño natural que nos regaló un tío rico, la comilona del día del santo, la imágen de la primera novia, una niña que se nos aparece sonriendo, rodeada de todos los encantos de esa edad en que las faldas femeniles luchan con el tenaz crecimiento de las piernas. El primer reloj, el primer duro y los primeros pantalones largos, se nos aparecerán siempre rodeados de un nimbo luminoso de dorados y acariciadores rayos.

Detengámonos en la actualidad infantil, en el espectáculo de los niños del día. A los siete años apestan á tabaco de contrabando; á los nueve han intentado suicidarse; á los quince ya han cometido varios raptos con escalamiento, y fractura consiguiente. Resúmen: que reniega V. de una niñez que es decrepitud en pañales; que nos molesta la brutalidad del presente.

Pues, por el contrario, se echa V. á nadar en el mar de las conjeturas; se empeña V. en iluminar con fósforos,—las ideas,—las simas de lo desconocido,—el porvenir.—La primera duda que se nos ocurre, es tremenda. ¿Viviré dentro de un segundo? Y aquí comenzamos á no tener quien nos conteste de una manera categórica? ¿Me quitarán el empleo de aquí á mañana? Es probable, contesta esa ave agorera de los presentimientos, que se nutre de nuestra tranquilidad. ¿Comeré á diario de aquí en adelante? Un encojimiento de hombros se dibuja en la oscuridad, y se vé aunque se tengan los ojos cerrados, como se sigue viendo la escena terrible que nos impresionó, aunque cegáramos despues de haberla visto.

Es el porvenir, charada que siempre conserva indecifrada lo menos una sílaba, la mas esencial; mientras el pasado no tiene secretos, y tiene enseñanzas.

Cualquiera tiempo pasado fué mejor, dijo el poeta de los albores de nuestra lírica; y esta sola condicion basta para que yo adore lo pretérito y por ello me pe rezca.

Para los que somos abonados diarios á la desgracia, importa mucho cualquier alivio de la aciaga suerte, aunque sea mental. ¡Qué bien me fué en tal parte! ¡Cuanto dinero gané el año XI! ¡Qué bonita era Fulana! Aquí tiene el lector unas cuantas fórmulas de felicidad para uso interno, que solo las despachan en la farmacia de los recuerdos.

Mirase al tiempo lejano, por medio de unos lentes maravillosos que poetizan cuantas imágenes llevan al cerébro. De aquí que el recuerdo nos produzca dulce tristeza, y las investigaciones en el porvenir amargas inquietudes; y de aquí el vulgar adagio, que rebosa sabiduría: mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

El goce del momento presente, bestializa, si la fra-

se puede tolerarse: el goce que pasó, tiene ese calor tibio, esas tintas rosadas, esos efluvios tristes, de un sol que lucha en el ocaso por enviarnos su último beso.

El soplo misterioso del tiempo que da sus tonos amarillentos al márfil; el polvo de las bibliotecas; el moho que cubre el hierro; las plantas parásitas que hacen su habitacion de las ruinas; las inverosimilitudes de la leyenda; todo esto participa de las condiciones del recuerdo, y evoca dulcísimas remembranzas.

De mí sé decir, que estimo en mas la memoria de un pavo que me regalaron el año pasado por este tiempo, que la hipótesis de otro pájaro de la misma familia, que puedan pensar en regalarme dentro de un quinquenio.

Aunque no fuera mas que por la virtud, que el pasado tiene, de hacer mejores á los hombres, habria que preferirlo á la actualidad, que los presenta como son, y al porvenir, que sabe Dios como los pondrá.

—¡Qué hombres aquellos los del 54!—dice una viuda progresista, lamentando la decadencia y falta de vigor de la generacion presente.—Mi marido estaba veinte y cuatro horas seguidas de centinela, y cuando volvía á casa me lo encontraba más firme que nunca. ¡Ya no hay corvas, ni granaderos de la libertad, ni nada!

—Novios como los de mi época, no los volverá á haber.—Dice una madre regañando á su niña, por ciertos excesos de aproximacion que ha notado.—Ahí está tu padre, que en los veinticuatro años de nuestras relaciones, lo más cerca que lo ví fué como desde aquí á la acera de enfrente; y tanto es así, que no reparé en que era tuerto hasta la mañana siguiente á la noche ¡ay! de novios.

—Para hacer ropa, nadie como los antiguos. ¿Vé usted esta capa? Pues estrenándola estaba yo el día que

entraron los franceses.—Exclama un caballero de la edad del megaterio, mostrando una capa monumental que si la empeñaran al peso podrian dar por ella 6.000 reales, aun respondiendo de polilla.

Nessun maggior dolore che ricordarsi della felicità, nella disgrazia; ha dicho, tal vez con prosodia y ortografía mejores, el clásico italiano. Pero eso debe entenderse con los insaciables de la suerte, con los felices á todo trance.

Los demás, los que marchamos en progresion creciente hácia la infelicidad, nos daremos con un canto en los pechos si el dia de ayer fué un poquito mejor que el de hoy; y tiene que serlo, porque asi como el agua pasada no muele molino y muerto el perro se acabó la rabia, el disgusto que nos dieron no nos lo están dando en este momento.

Aquí del niño precóz aquel, que acordándose de que el único dia que dejaron en paz á su padre, acreedores, suegra, esposa, cuñadas y amigos impertinentes, fué el de su fallecimiento, decia cuando le preguntaban qué queria ser:

—¿Yo? Cadáver de cuerpo presente, hasta que me muera.

LA DIMISION

(Estudio de costumbres burocráticas.)

La dimision es un suicidio que deja al muerto en pie; lo cual hace, sin duda, que muchos dimitentes se dediquen á *levantar muertos* poco despues de haber dimitido.

La historia de la costumbre de dimitir se pierde en la oscuridad de los tiempos. En la India, en el Oriente, de donde siempre ha venido la civilizacion, las viudas se arrojan á la hoguera; lo cual es una forma de dimitir más ó menos cálida.

Dimiten, el torero que se corta la coleta, el marido que se divorcia, el *punto* que dice ¡*otro corta!* el distinguido salteador que se acoje á indulto, el novio que huye con los fondos que le confiara la virtud de su novia y tantos otros que renuncian á su habitual manera de ser por no convenirle el negocio.

La dimision mas simple que se conoce, es la del escribiente temporero con 3000 reales de sueldo, que la funda en no estar conforme con la marcha del Ministerio; y la más grave, la de la madre que deposita un hijo en el torno de la inclusa. Entre estos polos gira un mundo de dimisiones, que sí necesitan comentarios.

—Es preciso que dimita V.; —decia un Ministro entrante, á un gobernador que se hacia el morlaco, aspirando á reengancharse, como hacen esos carabineros que no se cansan de perseguir el contrabando, y tienen la manga derecha cubierta de galones horizontales, y la hoja de servicios llena de premios de constancia.

—¡Pero si yo estoy de acuerdo con V. E. y con la familia de V. E. y seguiré á V. E. hasta en sus extravíos...!

—No le hace; si á un marmolillo le faltaran todos sus puntos de apoyo ¿qué le sucederia?

—Que vendria á tierra.

—Pues hágase V. cuenta de que á V. le han faltado.

La costumbre de dimitir se ha convertido en deber por derecho consuetudinario.

No conozco la opinion de los tratadistas de moral pura, en esto de las dimisiones; pero la moral práctica ha fallado el pleito en contra de los que rezagan voluntariamente.

Si el hombre en sociedad y cuando no puede contraer responsabilidades de cierto orden, es libre de elegir sus amigos, de comprarse el sombrero de esta ó de aquella forma, de escojer á un íntimo para que le pague el café, y así sucesivamente, el Gobierno que es la espalda del país donde todo el mundo descarga su garrotazo, debe gozar la libertad de rodearse de personas *de su cielo*, como se dice en Andalucía.

De aquí que la dimision se imponga como un preservativo de la cesantía.

En el seno del hogar doméstico, la dimision produ-

ce escenas de dolor. El último día de Numancia, es menos trágico que el último mes de un estanquero, la última semana de un fiel de consumos, ó el último cabildo de un concejal, compelidos á apartarse de su profesion por un cambio de política.

—Tengo que dimitir forzosa y honradamente;— anuncia un día á su cónyuge un caído del ramo de Hacienda.

—Ni que lo pienses, Pepe!—grita la señora.—Tú eres inviolable, hasta cierto punto, hasta el punto de seguir cobrando siempre.

—Me lo dicta la voz del deber.

—Dí que eres sordo desde pequeñito.

—Me lo dirá á voces el jefe.

—Yo iré á ver al jefe.

—Tú no estás ya bien de carnes para ver á ningun jefe. ¡Si esto hubiera ocurrido el año 54...!

—Pues te haces el invisible.

—Ese procedimiento lo desacreditó D. Guirigay.

—Pues exijo que sigas funcionando.

—Bien, mujer, funcionaré en casa; pero en la oficina ya se me ha acabado la cuerda.

La dimision, despues de todo, crea derechos que no pueden adquirirse mas que por su medio.

Un jefe de negociado dimitente, sinó virgen, es mártir que puede resucitar de Director general de algo, cuando vuelvan los suyos.

Un subsecretario que dimite, es un ministro que *juega pisando*.

El estado de persona dimisionaria, tiene sus encantos; porque la paga desaparece, pero las esperanzas se quedan.

Todos los que renuncian al bien presente, se declaran partidarios de la metempsicosis ó trasmigracion de las almas.

—Verdad es que me voy á pasar cuatro ó cinco

años sin fumar, pero ¡cómo me voy á poner el cuerpo de humo, cuando vuelva con los míos á la Dirección de Estancadas!

Muere administrativamente un teniente alcalde, y todas las noches sueña que su alma ha reencarnado en el cuerpo de un gobernador general de Cuba en ejercicio.

¡Qué doradas esperanzas engendra la dimision en el ánimo de sus víctimas!

—¿Renunció V. á su paga? ¡Espartano!—Dicen á un consecuente dimisionario, sus admiradores y amigos.

—Es un dinero que he colocado á interés compuesto;—replica el aludido.—Dejen ustedes que yo me vea á solas en cualquier Depositaria del reino.

La cocina es el barómetro de las dimisiones y tomas de posesion.

—Suprima V. dos platos fuertes desde hoy, Damiana;—dice á su cocinera la esposa de un dimitente.

Y Damiana dice para su corpiño:

—Al señorito le han echado de la oficina.

—Añada V. dos platos fuertes, Burdeos, cuatro postres. y variedad del dulces.

—Al señorito lo han vuelto á poner donde hay;—dice entonces la propia Damiana, comentando el segundo recado de su ama.

Jarro de agua fria la dimision, no lo es tanto, sin embargo, que mate de pulmonia á los que se ven obligado á sufrirlo.

Quédale siempre al cesante la esperanza de que los suyos vuelvan; de que el Ministerio que le ha enviado al ostracismo sea un Ministerio relámpago; de que se haga justicia á sus méritos ó á los de su mujer; que el Ministro, que mamó en la infancia como un simple mortal, haga caso de una targeta de su nodriza; y otros resortes que suelen producir la reposicion con todo su sequito de goces terrenales.

Y ni aun mirando por los intereses de la industria nacional, son incouvenientes las dimisiones.

Verdad es que el quedimite deja en suspenso la ropa que en aquel momento histórico le estaba haciendo el sastre; pero el que le sustituye necesita ponerse presentable, y la ley de la producción no se altera, por que la levita de Juan le sirve á Pedro, con tal de que le esté buena, y haya de los dos uno que la pague.

Enfrente de los que se van, de los que dimiten de los que se consideran extranjeros en las oficinas cuando no mandan los suyos, están los recalcitrantes, los empedernidos.

—Dimite y quedarás bien, por que de todos modos te han de echar;—aconsejan á estos caballeros sus esposas respectivas, previendo una catástrofe.

—¿Dimitir yo? ¡Como se conoce que tu no tienes que dar el dinero para la compra!

Estos ejemplares de la familia burocrática, son los que no se acuerdan de que la administración debe ser inamovible, hasta que están ellos mandando; los que no tienen por irrenunciables los cargos concejiles, hasta que ellos los ejercen; los que no reconocen mas atentados que aquellos que se cometen en sus personas.

A uno de estos decian ayer en el café:

—Pero ¿por que no dimite V.?

—Por que soy *de presa*.

TENER GRACIA

¡Desdichado el que saca del vientre de su madre ese pecado de origen! ¡Infeliz y desdichado á saturacion, el que viene á este bajo mundo predestinado á ser gracioso, voluntario ó espontáneo!

Eso de ser oportuno siempre, ático cuando le hacen á uno la barba, chistoso cuando le pisan un callo ó le apabullan el sombrero, epigramático, al par que comedido, cuando nos dicen una sandez, y humorista culto cuando no se tiene un céntimo, es el colmo de la infelicidad. Dante no puso este tormento entre los pasatiempos de moda en el infierno, porque el Dante era un ser afortunado nacido para los papeles trágicos, que son los mas fáciles de representar en la comedia de la vida.

Fijense W. sinó, en lo que abundan los séres vidrioso-

sos é irascibles, con bigotes del arma de carabineros, y en la comodidad con que dan cuatro gritos, fruncen las cejas, y funcionan de energúmenos; ó en la relativa facilidad con que varones y hembras se abandonan al dulce romanticismo, exhalan suspiros desmayados, ponen los ojos en blanco, y arrojan en todas sus secreciones morales—¡que frase! ¿eh?—madrigales, sonetos, decimas y pequeños poemas.

Lo difícil es tener una cara vulgar, sin rastro de sublimidad alguno, un color sano, unas carnes exuberantes, un aspecto tranquilo, cierto aire de dicha, y decidida predisposición á la alegría, y estar triste por dentro, y odiar el ruido, y huir las expansiones, y sentir cierto escozor en los labios cuando brota la sonrisa, y algo parecido al desquiciamiento de las mandíbulas cuando se lanza sonora carcajada.

¡Oh! ¡los hombres serios! Ellos son los verdaderos canónigos de la existencia, los que saben vivir, los que se hacen la vida fácil, los que usan aureola del propio cosechero, ó trabajada por ellos mismos en largos años de monosilabear frases breves, sentenciosas, enérgicas, y aseadas.

Cojen en una tertulia á uno que tiene gracia; ¡desechado! ¡ya está fresco! Para excitarle á lucir su habilidad le dirán mil cosas impertinentes y acaso groseras. Si no responde á las esperanzas que habia hecho concebir al dueño de la casa, no se perdonará este nunca el valor de los comestibles tirados, como quien dice, á la calle, porque el gracioso de plantilla no ha dado juego, porque las señoras no han llorado de risa, porque no han necesitado esconder públicamente el rostro tras el abanico, ante un chiste escabroso del fracasado clown de cámara.

En cambio el hombre serio ¡con qué magestad pasea su impenetrable máscara de personaje solemne! ¡con qué facilidad encuentra cigarros y admiradores

que le consultan sobre el estado del tiempo, el porvenir político ó las oscilaciones de la bolsa! ¡cualquiera le pide cinco duros á un hombre tan correcto! ¡cualquiera dá una broma imprudente al hombre sério, que puede baldarnos de un bastonazo; ó hacernos enmudecer con un chispazo de su sabiduría embotellada é inédita hasta la fecha, pero preexistente, indiscutida, evidente!

Al ménos, el que tiene gracia sobrenatural ó facultad de hacer milagros, en vez de facilidad para el chiste vano que se pierde como el relámpago y que solo sirve para hacer más densas las sombras del cerebro iluminado un momento por el fuego efímero y fugáz de una frase ingeniosa; el que es sietemesino, pongo por gracia, ó el que ha nacido en Viernes Santo, ó el que habló en el claustro materno, ó el que sacó una rosa de pasión en la planta del pié izquierdo, ó el que es sonámbulo por su gusto, pueden curar los cólicos cerrados con solo poner una mano sobre el estómago del paciente, ó conjurar un ataque de erisipela con su saliva en ayunas, ó averiguar donde están las cosas que se pierden. Tienen gracia útil; una gracia productiva que puede darles de comer; mientras la gracia estéril, el chiste acerado, la puñalada que asesta el ingenioso al necio con solo darle los buenos días, no sirve mas que para crearse enemigos, suscitar ódios que permanecen latentes hasta que encuentran ocasion de hartase de hacer daño, ó cosechar garrotazos.

El hombre sério, no arriesga jamás su reputacion. Resistiéndose pasiva y tercamente á desembozarse, á mostrar lo que piensa, y lo que quiere, llega á su hora postrera sin haberse destapado un momento la olla en que todo el mundo suponía ideas en ebullicion. El que tiene gracia, por el contrario, en perpétuo duelo á muerte con los estólidos, derrocha su vis cómica; se gasta, se repite, y acaban por decir de él:—Ya no di-

ce más que majaderías;—Siempre se le ocurre lo mismo;—Abusa de los epigramas *verdes*;—Se ha puesto antiguo; etc., etc.

Los aficionados, polilla de la literatura y del arte, los que calumnian á Velazquez, estropean á Meyerbeer, y hacen temblar en su tumba á Miguel Cervantes, contribuyen tambien en gran parte á echar á perder la vida y milagros de los que son graciosos por su casa ó de nacimiento.

Ellos son los causantes de la degeneracion de la clase, los que han creado al bufon, los que mantienen al *mala sombra*, al *esaborio*, á los hijos de la *señá María Ignacia*, y á tantos otros tipos que persiguen la vis cómica por el camino de la estulticia amanerada, de la sandez llena de osadía, de la charla aprendida y rebuscada en el gran colector de las necedades universales.

Tener gracia no es el arte de hablar, es el arte de ver. En todas las cosas, en todos los séres, en todas las ideas, hay un rasgo cómico, á veces de abultado relieve, á veces casi imperceptible. Ver ese rasgo, y referir lo que se ha visto: hé aquí en qué consiste lo que llaman tener gracia. Por eso la naturalidad es condicion indispensable del chiste; porque se trata de una funcion natural. Por eso las caricaturas gráficas ó representadas por medio de líneas, provocan nuestra hilaridad; porque vemos de relieve el rasgo cómico de la cosa satirizada.

Mientras el que tiene gracia no se apercebe de su infortunio, puede ir echando días atrás en una vida casi tolerable; pero cuando el clamor popular le notifica la fatal sentencia que le condena á ser gracioso, siempre en activo ejercicio, como los capitanes generales, pero sin el sueldo, ya es hombre perdido.

Los envidiables hombres sérios, salen de sus casas haciéndose esta cuenta:—Ya encontraré por ahí quien

me divierta gratis, y puede ser que me digne sonreirme. Pero el gracioso declarado y rematado, el gracioso por voto popular, que puede muy bien pasarse los días sin comer,—ya que la mendicidad y el chiste no los declara incompatibles la ley de presupuestos—no puede decir al pisar el escalon de su casa, otra cosa que:— ¡Dios mio! á quanto imbécil tengo que divertir hoy!— diferencia abrumadora, lucha de un puñado de hombres contra millones de marmolillos.

Aventura un gracioso de generacion espontánea, un gesto insignificante, una actitud, una frase, una mirada, y ya tiene un auditorio que le acecha ahogando ruidosas carcajadas. Preciso es superar aquella alegre expansion inmotivada, con algo verdaderamente chistoso; pero ¡infeliz de él! sino responde á la predisposicion de sus oyentes; bien por que no lo entiendan—que es lo más comun—bien porque el fósforo del cerebro, húmedo por una lluvia de lágrimas internas, no funcione con la debida enérgica actividad.—¡Que majadero!—¡Yo creí que iba á decir algo!—¿Y es este el que tiene fama de chistoso?—Un perro pachon uso yo, que tiene mucha mas gracia.—Tales son las impresiones que esterioriza todo concurso defraudado en sus esperanzas de divertirse gratis.

La jóven audariega que se vá á Granada con su novio—cito el caso porque es la moda—vuelve á su casa con aquel misterioso cristal de que habla Esponceda, deplorablemente fragmentado, aunque no haya hecho mas que sacar copias de las estancias de la Alhambra, y pasarse las horas muertas antes la sepultura de los Reyes Católicos.

Mademoiselle del chiste el gracioso declarado monumento nacional, no sentirá en su reputacion menos estragos que las jóvenes trashumantes, si citado á juicio, próximo á casarse, rodando unas escaleras, ó sometido á los efectos de una catástrofe de este jaez, no

sirve su tristeza, su miedo, su llanto y sus congojas, en forma de agudezas, rehiletes que hagan bramar á la victima y aplaudir al espectador; epigramas que se lleven trozos de agena piel, ó frases de doble sentido que hagan todo el mas daño posible.

Afortunadamente, ni soy jóven inflamable de las que vuelven estropeadas despues de un viaje al Patio de los Leones, ni tengo gracia.

Digo, como no cuente por chistes mis propias des-venturas (léase deudas.)

DE BALCON Á BALCON

(*Siluetas nocturnas.*)

Los autores y propaladores de la teoría del enfriamiento progresivo del sol, deben haber huido al polo á ocultar su vergüenza, y en busca del fresco; por cuanto les ha sucedido lo que suele suceder á esos profetas políticos de café con mallorca, que anuncian de vez en cuando, como obedeciendo á reveladora corazonada: —Mañana á estas horas cae el Gobierno;—y efectivamente, llegado el plazo, el Gobierno no se mueve y caen ellos presos por causas políticas, del orden de los alambiques.

¡Qué calor, lectores de todos mis respetos, qué calor!

De un cielo plomizo á ratos, azul otras veces, siempre digno del Senegal, cae una lluvia de miel hirviendo, pegajosa y ardiente, que chamusca y derrite.

Las habitaciones parecen hornos de vidriero; el hombre mas seco funciona de melon de agua; todas las personas notables somos de regadio; no hay mujer hermosa que no se sirva en salsa á sus admiradores; el desideratum seria usar camisas de papel secante.

Con estos rigores caniculares, aumenta la vida pública, y merman las intimidades del hogar.

Larga procesion de vecinos mas ó menos pudientes, descansa sobre las murallas de la Cortina del Muelle; y allí, mientras se respiran las brisas que vienen del Estrecho, y se oye el coro de señoras que gritan al entrar en el mar, imitando el chirrido de las brasas que se apagan, sueña cada quisque en una lluvia de sorbetes de fresa, en el retorno de los sabañones, en un perpétuo invierno con ropa y comestibles.

Pero como el hombre mas trashumante tiene necesidad de vivir en alguna parte, á despecho del calor, los paseos se van quedando solitarios, los paseantes desfilan, el hogar recobra su animacion, se ven cruzar sombras en paños menores detrás de todas las persianas, se adivina en cada comedor un banquete veraniego en que el gazpacho es el plato de fuerza; y luego, cuando el calor llega al último grado de su asfixiante *crescendo*, y el aire se ha puesto espeso é insertible en fuerza de haberlo respirado toda la familia, no hay mas remedio que entregarse otra vez á la vida pública, correr al balcon, hacer un trono de una manta húmeda, y ensayar un conato de sueño á la luz de las estrellas que guiñan eternamente allá en la altura, arrullado por los resoplidos de otros vecinos inflamables, por el canto de los grillos sinfónicos que algunos amantes de la música tienen en jaulas como seises prisioneros, y por todos los rumores de la noche que vienen en alas de la brisa caliente y húmeda como el vapor de una olla colosal donde hirviera todo el género humano.

Poco á poco, la calle vá tomando animacion. En aquel hueco oscuro brilla á intervalos una pequeña ascuá. Es un vecino sibarita que fumá para fuera, por no calentar su vivienda. Se oye un chaparron repentino; cien manos se estienden para averiguar si llueve, pero en vano, no cae gota del cielo; se trata de una vecina que riega sus macetas y las envidia al regarlas. Los vendedores han desaparecido hace rato; el sereno duerme; la dama de noche lanza bocanadas de su aliento perfumado; y algun que otro borracho con retraso vá en busca del pozo de su casa para aguararse por fuera. La calle se ha convertido en el patio de una gran casa.

—Buenas noches, vecino:— dice una sombra blanca detrás de una púdica cortina de enredaderas.—¿Ha visto V. que calor? Hoy me he tenido que mudar tres veces.

—¿Por disgustos con el casero? Hay hombres que no respetan nada cuando se trata de cobrar.

—No es eso, vecino; es que me he mudado de ropa interior.

—No me hable V. de eso; seis veces he mudado yo de partido, y aun sigo cesante.

Suena una polka intima en un piano con honores de orquesta wagneriana, segun el ruido que hace.

—¡Se baila sola!— exclama una señorita de movimientos febriles, que está en chambrá oculta tras el cortinon.

—Deberian tocar piezas mas sedentarias;— observa un vecino coreográfico que ha llevado el compás de rodillas para abajo.—Ya estoy sudando nada mas que de haber oido la polka.

—Vecino, vecino;— exclama una señora del teatro antiguo, que salió de virgen á ofrecer blancas flores á Riego cuando entró en Málaga por primera vez.—Retire

usted ese pirulo que se sale y me ha puesto goteando.

—Señora, no es pirúlo; son mis calzoncillos de baño; —contesta el aludido.—El agua del mar no mancha cuando procede de persona saludable, como un servidor de V.

—¡Que fria estaba hoy el agua!—Dice una jóven de piso tercero á otra colindante.—Creí que me iba á dar el *mal de corason*. Verdad es que Pepito nos acompañó hasta la puerta y yo iba muy acalorada. (Pepito es el borrador de marido, ó novio oficial de la preopinante.)

—En las provincias vascongadas, se baña una por sufragio universal ó sin separacion de sexos;—dice la viuda de un coronel de carabineros, terciando en la cuestion para ilustrarla.—De modo que una no tiene que temer si la dá un accidente; siempre hay amigos que la salven. A mi me han salvado casi todos los oficiales del regimiento de mi difunto.

—¿Querrá V. creer que desde que me estoy bañando, me viene todo la ropa chica?—Dice una señora madura que ha venido del interior de la provincia á humedecerse el calor de higado.—Yo no sé si será por la mucha agua que trago, pero la verdad es que engordo á ojos vista.

Un cornetin de piston rompe á tocar de pronto una malagueña con variaciones.

—¡Como me recuerda la diana!—dice la coronela que se salvó en el Cantábrico.

—Buena hora de tocar á degüello;—esclama un vecino que no puede reconciliar el sueño hace seis noches, hostilizado por los parásitos de su catre.

El cornetin hace un sostenido de legua y media.

—¡Ole los pulmones...!—gritó un *dilettanti*.

—No aplauda V. vecino, que vá á repetir, y me cargan los instrumentos de viento;—ruega una señora de buena familia que toca el arpa á cuatro manos;

es decir, cuando hay un profesor que le acompañe.

—Pero no me negará V. que tiene un gran resuello...

—Para resuello,—interrumpe el cesante—un amigo mío á quien pedí cinco duros por Semana Santa y todavía no me ha contestado.

Pausa de algunos minutos, mientras el vecindario descansa del solo de cornetín.

—¿Qué hay de cólera? —pregunta el dueño de una agencia de préstamos sobre prendas y alhajas, sin responder de polilla, incendio, humedad, robo á mano armada, hurto doméstico, extravío casual, y demás accidentes.

—Hoy se iba á dar la primera casa...—le contesta uno que está empleado en los Ripert mortuorios.

—Pero se arrepentirian...! Es natural.

—Quiero decir, que íbamos á tener el primer caso hembra; pero ha resultado cólico simple y no por obra de varon, sino por obra de una ensalada de pimientos izquierdistas ó sea del distrito de Coin.

—¿Lo véis, mamá? Con razon me repugnan las ensaladas de pimiento.—Dice la señorita que ha ejecutado al piano la polka íntima.

—Lo que á ti te *reperna* es el olor de la cebolla, que ese mequetrefe de Paquito encuentra poco romántico, como si los pimientos se pudieran aviar con sonetos.

Gritos, ruido de bofetadas, llantos, é interjecciones.

—¿Qué sucede? ¿Será un caso verídico de cólera?

—No, que es un *casus belli*. El vecino del núm. 27 que está sacudiendo á su mujer antes de acostarse. Es hombre muy cuidadoso de sus prendas.

La señora que ha venido de fuera á engordar, bosteza luego de terminado el incidente de la vecina del 27.

Un coro de bostezos la responde.

El eco desmayado da una habanera lánguida, se extingue poco á poco.

Los interlocutores se dan á intervalos las buenas

noches y desaparecen en la penumbra de los abiertos balcones.

El silencio se apodera de la desierta calle. Un sereno del gas se desliza en la sombra, y vá apagando los últimos faroles, como si multitud de tuertos vigilantes cerraran el único ojo.

Los grillos redoblan su estridente cantinela, como los libelistas redoblan sus insultos cuando no se les hace caso.

La brisa sigue trayendo en sus invisibles alas todo el fuego que puede, como si la engendrara el aliento cálido de un borracho.

Un ronquido suena como el eco de un fagot gan-goso.

Le siguen otro y otros, y pocos minutos despues toda la vecindad duerme y sueña; el uno que hace de oso blanco,—y tal vez tenga razon, segun dice su propia y legitima consorte;—el otro que le ha dejado frio la noticia de su cesantia; el de mas allá, que su calor reconoce por causa una credencial en las aduanas de Cuba.

Y entretanto, el sol aviva sus fuegos allá en otro hemisferio; ensaya la manera de dar mas alcance á sus rayos, y se dispone á salir del mar difundiendo la vida, la luz, y los tabardillos; aunque estos últimos en muy escaso número, desgraciadamente.

P. M. S. (1)

Bajo estas iniciales hay algo más terrible que lo que oculta bajo su inmutable máscara la esfinge; algo más profundo que los insondables abismos del mar; algo más siniestro que lo que se adivina tras los umbrales de la infernal estancia, en que escribiera el Dante su fórmula del dolor eterno: *lasciate ogni speranza, voi che intrate*; por que bajo esas tres letras hay un parricida, que es todo lo más horrible que puede haber bajo una piel humana.

Tengo perfecto derecho á estampar aquí con todas sus letras el nombre del parricida, puesto que fué público su delito y pública la sentencia que le separó para siempre del cuerpo social, que—dicho sea sin ánimo de hacer un argumento contra la ejemplaridad y

(1) Del libro inédito «Catorce meses en Ceuta.»

eficacia de la pena—sigue tan enfermo como cuando P. M. S. formaba parte del humano grupo, cuya honradez se supone; pero un resto de conmiseración hácia el malvado que ya estaria redimido á ser ménos enorme, ménos feroz, su delito, me decide á dejarlo oculto bajo el misterioso y compasivo velo de esas iniciales.

Aseguran historiadores doctos y concienzudos, que la antigua y primitiva legislacion espartana no contenía pena contra el parricidio, por que se consideraba imposible semejante delito. Hábil y delicada era la manera de dignificar al hombre; pero tenia mucho de falso y de poético el pretesto, ya que en los tiempos de Esparta, antes, en los primeros dias de la humanidad, y despues, en plena civilizacion y en pleno progreso, existieron y existen, fueron y son posibles los parricidas. Para que el crimen exista, basta con que exista el hombre; las infracciones de las leyes de moral eterna, comienzan á adquirir posibilidad cuando el hombre comienza á poblar la tierra; diríase que le sigue el delito como un horrible atributo de la personalidad humana; y que así como apreciamos la hermosura de la luz solar, por el contraste con las sombras tristísimas de la noche, el alma necesita esas oscuri-pades impenetrables del crimen, para que sus divinos consoladores destellos luzcan en la atmósfera pura del deber.

Por mucho que repugne, por mucho que mortifique á la conciencia, el parricida existe; es posible, vive, come, piensa, respira y ama, despues de su delito. Ni la Naturaleza le niega los dones que á los demás seres prodiga, ni el amanecer es menos alegre, ni las puestas del Sol menos poéticas, por que de estos espectáculos haya de gozar el parricida. Su mano, no se seca al contacto de la sangre paterna; su cerebro no estalla despues de concebido y ejecutado el crimen, como estallan esas asoladoras máquinas de guerra im-

potentes para contener la enorme expansion de los gases de la pólvora inflamada, como debería estallar el cráneo después de haber servido de receptáculo á la deflagracion de maldad que se necesita para elaborar el rayo parricida; la nutricion no se entorpece; los afectos no se estinguen; el ojo no ciega; el corazon no cesa de repartir una sangre que debería corromperse súbito al comenzar la elaboracion intelectual del delito: solo allá en lo mas inaccesible del espíritu, donde los demás hombres guardan consoladores recuerdos de la infancia, donde resuena en lejano y apacible eco la música deliciosa de los besos paternos, donde hay perenne, inestinguible, una luz que arde como votiva candelilla ante el tabernáculo que encierra lo inmaculado de la conciencia, lo que queda por profanar en el comercio de la vida, el parricida tiene visiones de horror, sombra de indignados espectros; y en vez del chasquido apacible del beso paternal, oye como silba la sangre al escaparse de las venas, y como la maldición semejante al trueno, retumba bajo la bóveda del cráneo con aterrador estruendo.

Pensando piadosamente, así debería suceder, al menos; pero desde que vi parricidas gordos, colorados y satisfechos, voy creyendo que hay almas de diferente calidad. Y conste, que me refugio en esta heregia para no caer en otra mayor; en la negacion de la existencia del alma.

No tengo yo la ropa intelectual y científica necesaria, para escribir un estudio acabado de filosofía, psicología, y antropología, del cual saliera la razon de ser del parricida; no ofrecen estos desdichados seres signos característicos exteriores, suficientemente visibles para que yo los aprecie y mida con exactitud bastante á suplir lo axiomático de las conclusiones científicas; no estoy bien seguro de mi ortodoxia, para poder entregarme á los discreteos de mi razon en presencia

de un parricida á quien por ley divina y humana hay que suponer reducido á la condicion de réprobo, y que, sin embargo, come, rie, canta, y vive, sin riesgo de caer en errores trascendentales y gravísimos, que harian condenable este libro; ni, por último, este capitulo puede alcanzar las dimensiones necesarias para ir, durante su desarrollo, proponiendo problemas y resolviéndolos uno á uno, hasta llegar á la suma de problemas que se amontonan en el rostro, tras el pecho, y bajo la tapa de las sesos de un parricida. Tomo pues el partido de abandonar toda deducción, y toda argumentacion, para exponer hechos y consignar impresiones. Los hombres doctos que por azar lean este libro reconstruirán, si quieren tomarse ese trabajo, y si los materiales amontonados por mí bastan al objeto, la personalidad espiritual del parricida P. M. S.; el lector menos enamorado de las escabrosidades científicas, habrá conocido un tipo presidial, que es todo lo que me propongo; y la opinion pública apreciará el número de años que aun deben durar nuestros establecimientos penales, bajo su organizacion presente, que los constituye en verdaderos ventorillos donde el criminal descansa y se refresca, antes de emprender de nuevo su *brillante* carrera.

Tenia P. M. S. cuando yo llegué al presidio de Ceuta, 46 años de edad, y llevaba 24 de condena; de donde se deduce fácilmente, que cometió su delito en plena juventud, á los 22 años, en esa edad que los poetas llaman primavera de la vida, y que para P. M. S. fué invierno tristísimo y asolador.

Era P. M. S. natural de un pueblecillo del Maestrazgo, entre catalan y valenciano; bajo de cuerpo, rechoncho, de formas sólidas, de movimientos tardos, de ojos negros, expresivos é inteligentes; de facciones correctas y varonilmente bellas. Hablaba muy poco, pero su aspecto distaba mucho de ser tétrico. Sus

megillas estaban teñidas de arreboles, que hubiera deseado para sí la mas gentil doncella; y bajo la frescura de aquella piel, á través de aquella mirada tranquila, tras aquel exterior tan honrado, tan simpático, no hubiera podido adivinar nadie la existencia de un parri-cida, sin acudir á su hoja histórico-penal, menos discreta, menos hipócrita, que el aire, el aspecto, y la manera de ser de P. M. S.

El que se sublevó contra la mas inviolable y augusta de las autoridades, contra la autoridad paterna, hasta el punto de poner la mano y el hierro en el símbolo y encarnacion de todos los respetos, era el preso mas comedido, mas respetuoso, mas amigo del principio de autoridad de todo el presidio. Cuando los pensionistas de Ceuta se alborotaban, y los jefes corrían personales riesgos, ya se sabia: P. M. S., el mas adicto, el mas valiente, el mas subordinado de todos los cabos de vara, estaba allí á nuestro lado para reducir á la obediencia á los revoltosos, merced á los argumentos incontestables del palo, que son y serán los únicos eficaces, mientras el presidio esté, como está, suelto. ¿Trataba, por este medio, P. M. S., de pagar su deuda de sumision, despues de haberse sublevado contra el rey de su existencia en motin sangriento y repugnante? Resuélvalo el elector á medida que vaya conociendo detalles.

Todos los cabos, todos los funcionarios, todos los dependientes presos, quien mas, quien menos, veían con gusto que uno ó varios de sus compañeros de cadena, burlasen la vigilancia y buscaran en la fuga el lenitivo de la impunidad para sus crímenes. Así, pues, cuando ocurría una evasión, habia que esperar muy poco de los sabuesos que en busca del fugado salían por todas partes, moviendo mas ruido del que seria necesario para no dudar de la sinceridad de aquellos escar-

ceos. P. M. S., por el contrario, ponía todos sus conatos en atrapar al evadido; visitaba las viviendas de las asquerosas sacerdotisas de Venus, que en Ceuta ofrecen sus hechizos y su complicidad á los confinados; exploraba todas las guaridas de la parte mas abrupta del monte Hacho; recorría palmo á palmo los senderos mas apartados que conducen al campo moro; interrogaba, expiaba y sorprendía á los armadores de embarcaciones, sospechosos de haber puesto en salvo al fugado atravesando el Estrecho ó abordando las solitarias playas marroquies; y no descansaba, no se sonreía, no se disipaban las arrugas de su entrecejo, hasta que reintegraba al presidio de su pérdida, hasta que devolvía el fugitivo á su calabozo, hasta que borraba todo vestigio de la probable responsabilidad de los jefes. Parecía que P. M. S., llevaba á mal que un delincuente cualquiera rompiese sus cadenas; mostrábase envidioso de que unos pulmones de forzado respirasen el aire libre; y puesto que él era preso y sobre la pesadumbre de su grillete estaba condenado á soportar la pesadumbre inmensa del remordimiento, *parecía* decir á sus hermanos en el crimen: —Huir es de cobardes; el valor del delito es un valor como otro cualquiera, que exige varonil esfuerzo y acerado temple de alma. ¿Huisteis á la tentacion, á la demencia ó á los malos instintos, en aquella ocasion horrible en que la sangre corrió derramada por vosotros, ó en que robasteis la hacienda ó el honor ajenos? Pues es preciso que soportéis con decoro la sentencia que os ata con dulces lazos á la expiacion; dulces, sí, por qué el único medio de pagar deuda tan enorme, es este de sufrir aqui el garrotazo del cabo de vara, el desprecio de la sociedad, el moho de que el presidio vá cubriendo la conciencia para desfigurarla y encallecerla, ya que no la puede lavar. ¡Oh! si yo pudiera huir! ¡si yo pudiera dejarme en estas pestilentes cuadras con mi equipaje de presidia-

rio, lo que tengo dentro de mí! ¡si yo liquidara mis cuentas con Dios, estafando á los hombres algunos años de cadena...! Y digo que P. M. S. *parecía* decir eso ó algo semejante, por que es muy probable que nada dijera, y que fuese azote del compañero de cárcel, por un fenómeno que se observa en muchos casos; por ese fenómeno que hace exclamar ¡atrás paisano! al mas liberalote detractor del militarismo, apenas se vista de miliciano nacional; y que hace tambien que el preso se complazca en pegar sobre otros presos. Todo el mundo está conforme en odiar los fuerós é ínfulas de los militares, y todo el mundo está deseando descargar un culatazo sobre su mejor amigo; todos los presos odian las severidades de la disciplina, pero todos los presos se prevelican por apalear á los compañeros, funcionando de brazo oficial y autoritario. Rasgos curiosísimos de las costumbres españolas, en que se reflejan, más que en otras costumbres, las debilidades humanas.

Así era P. M. S. en el presidio; veamos cual habia sido su delito.

P. M. S. labrador de oficio, cultivaba el campo en union de su padre, y juntos mantenian la pobre y honrada familia, arrancando al terruño, en duro y constante trabajo, el pan de cada dia.

Como todos los payeses catalanes y valencianos, P. M. S. era sóbrio, religioso y formal. Ni perdía una misa en fiesta de precepto, ni se hubiera atrevido á fumar delante de su padre; ni en sus antecedentes aparecía la menor sospecha de embriaguez ú otros hábitos viciosos.

P. M. S. amaba á una jóven de su mismo pueblo, enemistada de antiguo con la familia de su novio, por esos mortales ódios de aldea que se trasmiten de generacion en generacion, y que con frecuencia dan lugar á salvajes colisiones.

En más de una ocasion P. M. S. habia pedido á su padre licencia para contraer matrimonio con la elegida por su corazon, y el padre negóse siempre, severa y rudamente, á consentir en semejante union, que habria de atarle con lazos de parentesco, á los que eran sus enemigos por antipatía trasmitida en herencia.

Una tarde al caer el sol, P. M. S. y su padre, volvian de la viña que juntos habian estado cavando; P. M. S. á pié, silencioso y con el azadon al hombro; su padre caballero en una burra, y ambos seguidos de un perro. Al llegar á una hondonada que hacia el camino entre dos laderas, P. M. S. se adelantó algunos pasos, paró la cabalgadura de su padre y le dijo:—Padre ¿no me quiere su merced dar permiso para que me case? —Con esa mala mujer, no te lo he de dar nunca, P.— fué la respuesta del tenaz anciano, siempre aferrado á sus tradicionales antipatias. P. entonces, loco ó cuerdo, sereno ó indignado, ciego ó viendo distintamente todo lo sacrilego de su accion, descargó un azadonazo sobre la cabeza de su padre, y despues otro y otro, hasta que lo derribó sin vida. Acometióle el fiel animal que era el amigo de ambos, y el perro fué muerto tambien; y ya en el paroxismo de la demencia, hostigado por ese olor atractivo de la sangre, que redobla el furor y turba las funciones del cerebro, mató tambien á la burra, como si quisiera hacer objeto de su venganza de canibal á todos los seres testigos de la negativa del pobre y mutilado viejo; ó tal vez para borrar hasta la última huella de su crimen, porque inmediatamente salióse del camino, cayó en la heredad vecina ancha y profunda fosa, arrastró á ella el cadáver de su padre, el cadáver de la burra y el del perro, y á todos tres cuerpos dió juntos sepultura.

Poco despues, P. M. S. entraba cansado, pero tranquilo en su hogar, como si sus manos estuviesen aun puras del más horrible crimen, como si el sudor que

brotaba de su frente lo hubiese provocado la honrosa labor de que dependía toda aquella familia de huérfanos.

P. M. S. negó haber visto á su padre aquella tarde; salió él mismo, como preocupado por la tardanza, en busca del pobre viejo, que yacía entretanto confundido en su fosa con los despojos de los dos animales, más fieles y más dignos de tener alma, que su hijo; y tan bien representó su papel, bordándolo de inquietudes y lágrimas, que parecía asegurada su impunidad. Pero como el hombre propone, y la guardia civil dispone, descubrióse la indigna sepultura del muerto; fué exhumado; se reconstituyeron los hechos, y P. M. S. entró en la cárcel acusado de parricidio. No había pruebas, y la justicia humana, temerosa de aplicar una pena irreparable, por indicios y conjeturas, condenó á P. M. S. á cadena perpetua.

Toda esta tragedia horripilante, podía adivinarse y deducirse de los resultandos y considerandos de la sentencia, y de la petición fiscal; pero á través de los ojos negros, tranquilos, expresivos, sonrientes, benévolos, bajo la piel fresca, sonrosada, saludable, de P. M. S. no se adivinaba el crimen, ni se veía la posibilidad de la tragedia, realizada, sin embargo, al caer el sol de una hermosa tarde, cuando las campanas llaman al rezo, cuando Dios enciende esos misteriosos y lejanos astros que semejan las pupilas de una legión de ángeles, cuando la luna, eterna enamorada del luminar del día, parece que esparce en los espacios infinitos cierta poesía del bien, al contacto de su plácido y casto beso.

Si la crueldad asombra, no asombra ni horripila menos el disimulo de aquel parricida. Se explica el asesinato—y digo que se explica, por que estoy en presencia de un hecho—por el predominio de la cólera sobre el deber y los afectos; pero despues de haber co-

metido el crimen ¿cómo no sintió aquel malvado la necesidad del suicidio? ¿Cómo no entregó su cuello al verdugo, por un acto espontáneo de su conciencia, ya que los únicos sufragios que podía dignamente aplicar á su padre, eran los sufragios de la capilla; y como no subió al patíbulo gozoso por que el tornillo infamante saldára tremendas cuentas de ultratumba con aquel padre que podía pedirselas de su existencia y dela del parricida? Inesplicable parece el caso, y aun lo parecería mas al lector, si hubiese visto, como yo, á P. M. S. cuidar asidua, cariñosa, casi paternalmente, de un niño de pocos meses, hijo de un capataz del presidio, de quien el parricida era ordenanza. ¡Qué profundo y terrible contraste! El que asesinó á su padre, el que apisonó la tierra de aquella tumba, sin llorar, sin conmoverse, atento solo á asegurarse la impunidad; el no tuvo compasion del paciente jumento, ni del perro leal, mostraba la ternura, el celo, el amoroso afan que se necesitan para llevar en brazos una débil criatura, besarla, cuidar de ella, gozar en sus sonrisas, y poner, en fin, todos los conatos de maternal solicitud, en satisfacer todos los caprichos infantiles.

Profunda y cruel revolucion debió operarse en las sombras densísimas de aquella conciencia, por que cuando yo conocí á P. M. S. tenia ya remordimientos. ¿Cómo se manifestaban? De dos maneras, y en dos únicas ocasiones. P. M. S. no toleraba á nadie, ni á jefes, ni á amigos, ni á confinados, que le hablasen de su delito. Cuando una pregunta indiscreta evocaba aquellos recuerdos, sobre los que el miserable no habia podido echar la tierra que echó sobre la zanja de su padre, tornabase de sereno en torvo y amenazador. Sus lábios se contraian; por su frente pasaba una nube negra; sus ojos se cerraban con fuerza, y sus manos buscaban el cuchillo. Si el niño de pocos meses que P. M. S. paseaba en brazos por las calles de Ceuta, le hubiera

podido decir al oído, con su vocecita de ángel, ¡parri-cida! P. le hubiera estrangulado y mordido la lengua despues de muerto. Además, ¡el misero no dormía! estaba privado de ese reparador descanso, que dá nuevos bríos al espíritu para el combate de la vida; el bálsamo consolador del olvido, era ineficaz para aquel pensamiento, siempre en acción, siempre despierto. En la fatigosa realidad punzante de los recuerdos, no podía haber ese paréntesis que se llama sueño; había dentro de él, un vigilante insobornable, que cada segundo le daba un grito, tan siniestro, tan profundo, tan cavernoso, tan ahogado, que solo él lo oía. ¿Como no vino la locura tras aquella perturbacion fisiológica? ¿Eran los sueños de P. M. S. más terribles que el insomnio? ¿Dormido veía y oía más cosas provenientes de su crimen, que despierto? Nunca he sentido tanto no ser médico, como cuando tuve delante aquel extraño caso que no acierto á calificar apropiada ó científicamente. P. M. S. comía, digería, y se nutria bien. Las funciones mentales no podían ser más perfectas, y en cuanto lo permitía su educación descuidada, discernía juiciosamente; y sin embargo, era rebelde al sueño, con una rebeldía constante, que solo se observa con intermitencias en los dementes furiosos é incurables. ¿Qué pasaba en aquel perturbado espíritu? ¿Que horribles tempestades se desarrollaban bajo aquel cráneo? ¿Acaso la suprema eterna justicia, habíale condenado á vivir doble que los demás hombres, para que fuese mayor, por doble, su tormento, ó para que esta duplicidad de la vida, abreviara el plazo de su existencia?

Arbitraria parecerá la hipótesis, pero el hecho es absolutamente verídico; y yo, que dudé de su verosimilitud, hube de rendirme á la evidencia, despues de haber expiado á distintas horas y con las mas exquisitas precauciones á P. M. S.; nunca le pude ver profunda

ni ligeramente dormido; siempre estaban abiertos sus ojos, jamas dejó de haber relacion entre el mundo exterior y su alma, condenada á ver y oír, de dia y de noche, sin solucion de continuidad, como un judío errante del remordimiento, que se sintiera sin cesar aguijoneado por el eterno ¡anda! ¡anda!; y sin embargo, ni se rendía á la fatiga, ni su vigor físico mermaba, ni de su rostro desaparecian la sonrisa, la tranquilidad, la hombría de bien que sus facciones conservaban como estereotipadas.

Dije al principio que no trataba de deducir conclusiones, ni de inventar teorías; he referido hechos, dejando á cargo del lector resolver los profundos, los aterradoros problemas, que surgen de cada párrafo de este capitulo.

El lector profano, habrá conocido por mi mediacion algo de la podredumbre organizada, viva, sensible, que hay bajo los harapos del presidio; el médico y el filósofo, si por acaso tengo la fortuna de que este libro vaya á manos de alguno de ellos, podrán despejar la fatidica incógnita que se oculta bajo las tres letras, tantas veces escritas, y de las que he querido hacer el capuchon celular que deberia cubrir á P. M. S., si este pais no se llamara España.

Yo, solo aprendí en mis largas observaciones ante aquel caso insólito de la ley de contradiccion que rige al humano espíritu, que se puede asesinar al que nos engendró, y cuidar como una nodriza á un chiquillo ajeno; que se puede matar al que debemos el ser, sin que se pierda el apetito.

Ahora bien; para explicar todos estos hechos, seria preciso conceder la palabra á los cocodrilos.

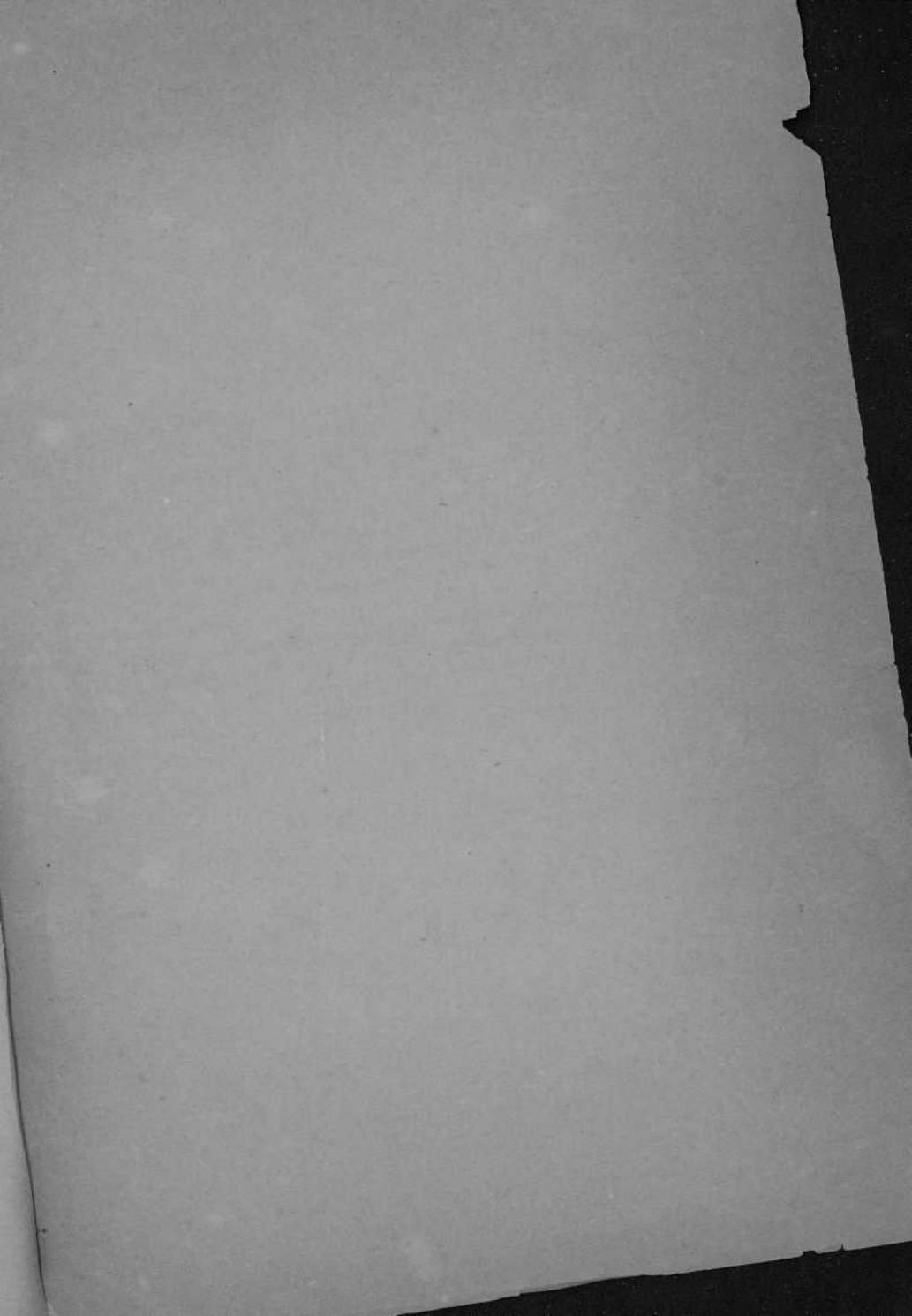
FÉ DE ERRATAS.

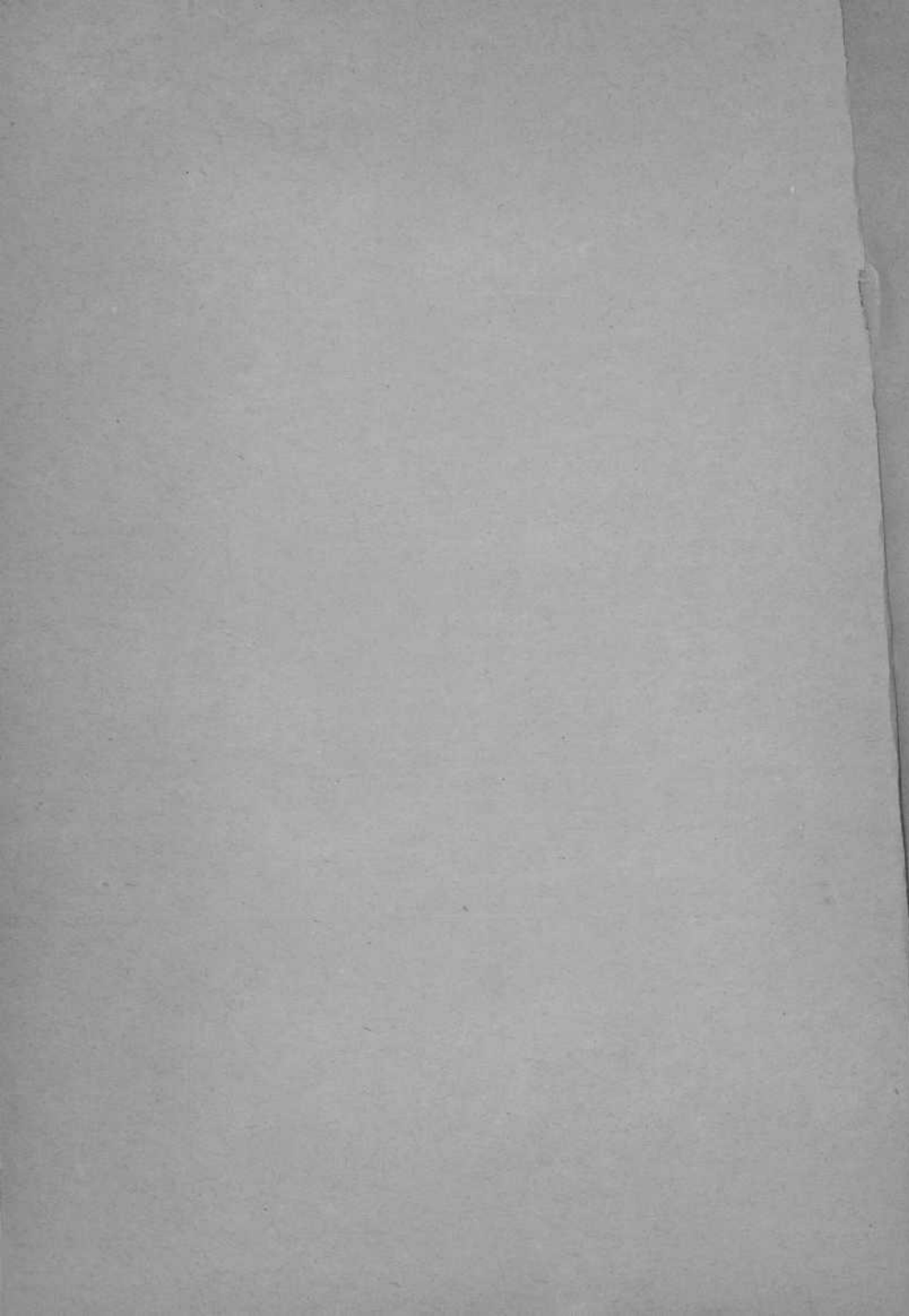
En el texto de este modestísimo librito, se han deslizado algunos errores tipográficos, que los cajistas imputarán al autor y corrector, y que yo imputo á los cajistas.

Lo sensible del caso es, que esos errores, alteran la ortografía, el eufonismo, y hasta la sintaxis de mi pobre prosa. Pero como despues de un detenido exámen, veo con satisfaccion que no ha sacado erratas la parte más esencial de la obra, aquella parte en que se anuncia su precio (ocho reales, ¿eh?) me decido á encomendar al lector la tarea de ir salvando equivocaciones materiales ó de concepto, seguro, segurísimo, de que su discrecion dejará incólume mi crédito.—Vale.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Los peros de Pascua.....	5
El sueño de una noche de verano.....	11
La Noche Buena en el presidio.....	23
Pavo asado.....	47
El cólera-morbo asiático.....	53
En un álbum.....	59
El carnero.....	65
Juan de la Cruz Asiático.....	71
Cosas que fueron.....	85
La dimision.....	91
Tener gracia.....	97
De balcon á balcon.....	103
P. M. S.....	109
Fé de erratas.....	121











FAI

XIX

700